

REVISTA IA UAM-A

Vol 1, N°6, 10.ª Entrega, Mayo-Agosto 2026
Laboratorio de IA del departamento de Administración



Algoritmos de la imaginación X

REVISTA DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL UAM AZCAPOTZALCO

Dr. Óscar Lozano Carrillo

Coordinador de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Dr. Alfredo Garibay Suárez

Asesor Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras

Editor de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Zemelli Anahí Rivera Madrid

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Grecia Josafat Jarillo Olague

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Victor Daniel Santos Hortelano

Coordinador digital de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Lic. Cinthia Noemi Zacatenco Arellano

Coordinadora de contenido de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Edición número 6

Algoritmos de la imaginación. Volumen 1, Número 6, 10ma. Entrega, año 2026, es una publicación electrónica editada por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, ubicada en Av. San Pablo Xalpa 420, Col. Nueva El Rosario, Alcaldía Azcapotzalco, Ciudad de México, CP 02128. Editor Responsable: Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor o de la Universidad Autónoma Metropolitana. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la UAM Azcapotzalco.

NOTA EDITORIAL

Es verdad que ahora la inteligencia artificial nos ayuda en cualquier tarea, su desarrollo va a una velocidad que ya nadie puede seguir y su impacto social tiene implicaciones que seguramente aun nadie puede sospechar. Una de las más importantes y severas afectaciones que se están generando con el uso de la IA tiene que ver con la adicción que está generando en nuestra niñez y juventud, por no mencionar a la población en general que hemos sido atrapados por el algoritmo sin que la mayoría se percaten de esto y si bien los beneficios de la IA para el ser humano pueden ser muchos, al final parece ser que se está convirtiendo en un problema de salud pública, en cuanto a la adicción que causa. El presente número de la revista podría parecer un compendio de cuentos hechos con IA con muy interesantes entregas, sin embargo no es así, o no solamente es así, este número y sus 12 entregas, constituye un ejemplo de los textos maravillosos que la IA puede generar, pero sobre todo, constituye un laboratorio para reconocer productos y comportamientos que la IA genera como por ejemplo, la rapidez con que la IA trabaja; generamos una convocatoria para que estudiantes e integrantes del Club IA de cine y literatura de la UAMA mandara una aportación y llegaron más de 130 trabajos en un tiempo récord, también los cuentos fueron referenciados a temáticas diversas como el amor romántico, la ciencia ficción o realismo ya en algunos casos, terror, suspenso, entre otros; vimos a su vez un fenómeno interesantísimo, en el grupo del Club hay más de 500 personas y si bien más de 130 participaron en esta convocatoria, podríamos asegurar que nadie o una gran mayoría lee los cuentos, incluso el que escribieron, mostrando uno de los fenómenos epistemológicos más preocupantes que la IA ha generado: generar un conocimiento vacío, de tal manera que este Número de la revista con sus 12 entregas presenta a ustedes más de 130 cuentos que poca gente o nadie leerá, para con ello continuar con las investigaciones sobre la IA que el Laboratorio de IA del Departamento de la UAM genera en aras de comprender mejor el fenómeno y ofrecer algunas alternativas que atiendan las problemáticas del nuevo paradigma civilizatorio que la IA está generando.

P.D. Tengo que mencionar que este comentario editorial fue hecho sin usar la IA

—OSCAR LOZANO CARRILLO

CARTA DEL EDITOR

La inteligencia artificial ha abierto nuevas posibilidades para la escritura, la imaginación y la creación literaria. Lejos de sustituir la voz humana, estas herramientas permiten explorar formas distintas de narrar, ordenar ideas, construir mundos posibles y transformar inquietudes personales en relatos capaces de dialogar con las emociones, los miedos, los sueños y las preguntas de nuestro tiempo.

El presente número, titulado Algoritmos de la imaginación, reúne una selección de cuentos elaborados con apoyo de inteligencia artificial, en los que la creatividad de sus autoras y autores se combina con las posibilidades expresivas de los modelos generativos. Esta colaboración entre sensibilidad humana y tecnología da lugar a historias de misterio, ciencia ficción, fantasía, drama, romance y reflexión personal.

La obra se publicará en 12 entregas, cada una integrada con alrededor de 11 cuentos, con el propósito de presentar de manera ordenada y accesible la diversidad de propuestas narrativas que conforman este proyecto. Cada entrega permitirá al lector acercarse a un conjunto de relatos que, aunque distintos en temática y estilo, comparten un mismo punto de partida: la escritura como espacio de experimentación, aprendizaje y creación asistida por IA.

En esta entrega se presenta el décimo bloque del número 6, con 11 cuentos. Estos relatos invitan a recorrer estaciones donde el tiempo se detiene, archivos misteriosos, recuerdos que se desvanecen, bibliotecas imposibles, llamadas decisivas, exámenes finales, mundos oníricos y universos donde la imaginación encuentra nuevas formas de expresarse.

A continuación, se presenta la sinopsis de los cuentos que integran esta entrega, con el fin de ofrecer al lector una guía inicial que le permita reconocer las temáticas, atmósferas y búsquedas narrativas de cada obra.

1. Una extensión del peripatos

Autora: Laura García Sandoval

Sinopsis: Una filósofa narra su vida después del colapso del mundo hipertecnológico. Ahora vive en el campo, sin IA ni hiperconexión, enseñando a observar los ciclos de la naturaleza. Reflexiona sobre la vida en comunidad y lo que significa ser humano. Encuentra en el caminar y la observación un sentido renovado. Pregunta si ahora, sin tecnología, somos más humanos.

2. Las olas siempre regresan

Autora: Tabatha Aime Soria Gutiérrez

Sinopsis: La narradora regresa un verano a la playa junto a Nico, su amigo de la infancia. Este año algo es diferente: nota detalles que antes pasaba por alto y descubre que está enamorada. En la última noche, Nico la besa. Captura la tensión entre la amistad y el amor, y cómo un verano puede transformar una relación en algo más profundo.

3. La batalla perdida

Autor: Roger Ivanodik Juan López Churata

Sinopsis: En una guerra futura, un destacamento militar es atacado después de que sus drones sean hackeados. El operador descubre que los chinos conocen su ubicación. Un resplandor aniquila la base. La historia explora la fragilidad de la tecnología en el campo de batalla, la paranoia de la guerra de información y el misterio de los "olgois", criaturas que ni los radares detectan.

4. Si un día olvido tu nombre

Autora: Grecia Josafat Jarillo Olague

Sinopsis: Ruana narra el lento deterioro de su madre Elian, quien padece una enfermedad neurodegenerativa. Elian rechaza una simulación digital de sí misma porque "el hambre no debe alimentarse con fantasmas". En sus últimos días, recupera la claridad para despedirse con ternura. Ruana comprende que el duelo es aprender a vivir llevando a alguien en el corazón. Reflexiona sobre la memoria, el amor filial y la fragilidad de la identidad frente al olvido.

5. Los embriones de Dios

Autor: Ángel Gilberto Sámano Trinidad

Sinopsis: La nave Vanguardia transporta embriones de superhumanos para colonizar un planeta. Al llegar, detectan una señal artificial desde el fondo de un océano subglacial. Los superhumanos responden a la llamada con una sincronía inquietante. Elena teme que no estén ante un mundo vacío, sino ante algo que los ha estado esperando. Construye tensión en torno al encuentro entre la creación humana y una inteligencia desconocida.

6. Al ritmo de los algoritmos: El compás de dos corazones

Autora: Nathalie López Munguía

Sinopsis: Nathalie desarrolla un algoritmo para predecir la compatibilidad emocional. Conoce a Julián y el algoritmo arroja alta probabilidad de atracción. La noche antes de la presentación, su cercanía colapsa el sistema. El algoritmo no puede clasificar la emoción. Nathalie comprende que el amor escapa a cualquier predicción matemática. Defiende el caos del sentimiento frente al modelo computacional.

7. El príncipe del quinto sol

Autor: Héctor David Velasco Padilla

Sinopsis: Iztécatl, príncipe de Tenochtitlan, enfrenta el resquebrajamiento del equilibrio del imperio. Una profecía habla de las Sombras del Primer Sol. Iztécatl debe tomar decisiones que no puede delegar. Explora el paso de la juventud protegida a la responsabilidad del gobernante, y cómo el verdadero liderazgo nace cuando se aprende a servir antes que a mandar.

8. El umbral de la frecuencia oscura

Autora: Ignacio Gamboa Monserrat

Sinopsis: Un equipo de científicos abre un canal hacia dimensiones paralelas mediante frecuencias de alta energía. Aparecen seres que alteran el espacio y sus percepciones. Destruyen el generador, pero parte de la frecuencia se integra en ellos. Logran salir, pero las sombras ahora los acompañan en su propia frecuencia. Explora el terror de lo desconocido y el costo de abrir puertas que no pueden cerrarse del todo.

9. El eco de las sombras compartidas

Autora: Ana Paola Pérez Morales

Sinopsis: Julián y Elena construyen una relación basada en secretos: él es un asesino, ella es una estafadora. Ella descubre que la víctima de Julián era su padre. Desarrollan una psicosis compartida que los aísla. Son internados en un psiquiátrico, y ambos dibujan el mismo reloj de bolsillo. Reflexiona sobre la culpa, el amor como refugio de la locura y la imposibilidad de escapar del propio pasado.

10. El archivo 27

Autora: Naomi Arely Hernández Soto

Sinopsis: Alma recibe un mensaje de su hermano desaparecido sobre el Archivo 27 de Kronos Systems, que borra recuerdos para controlar a la población. Se infiltra, roba y difunde los archivos secretos, libera a su hermano y desata una investigación. Reflexiona sobre el valor de la memoria como identidad y el peligro del control tecnológico.

11. La última luz del faro

Autora: Danna Paola Rosas Dávila

Sinopsis: Diego encuentra el diario del antiguo farero Tomás Herrera, quien advierte sobre una luz verde que emerge del mar y prohíbe subir al último piso del faro después de la medianoche. La luz aparece y una voz le dice que no debió venir. Diego se convierte en periodista pero nunca logra explicar el fenómeno. El faro sigue encendiéndose por segundos, recordándole que algunos secretos no tienen respuesta.

ÍNDICE

UNA EXTENSIÓN DEL PERIPATOS.....	G
—Laura García Sandoval	G
LAS OLAS SIEMPRE REGRESAN	14
—Tabatha Aime Soria Gutiérrez	14
LA BATALLA PERDIDA	22
—Roger Ivanodik Juan López Churata	22
SI UN DÍA OLVIDO TU NOMBRE.....	27
—Grecia Josafat Jarillo Olague.....	27
LOS EMBRIONES DE DIOS	36
—Ángel Gilberto Sámano Trinidad	36
AL RITMO DE LOS ALGORITMOS: EL COMPÁS DE DOS CORAZONES.....	3G
—Nathalie López Munguía	3G
EL PRÍNCIPE DEL QUINTO SOL	45
—Héctor David Velasco Padilla	45
EL UMBRAL DE LA FRECUENCIA OSCURA.....	4G
—Montserrat Ignacio Gamboa	4G
EL ECO DE LAS SOMBRAS COMPARTIDAS.....	56
—Ana Paola Pérez Morales	56
EL ARCHIVO 27	60
—Naomi Arely Hernández Soto.....	60
LA ÚLTIMA LUZ DEL FARO	67
—Danna Paola Rosas Dávila	67

Una extensión del peripatos

Laura García Sandoval



Una extensión del peripatos

—Laura García Sandoval

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Inteligencia Artificial para el título)

Pensaron que iba a desaparecer, pero así han dicho desde la Grecia Clásica cuando le negaron a Platón gobernar. Cuando vivía en la megalópolis del centro de México, también anunciaban que iban a desaparecer a la filosofía de los planes de estudio. ¿Y qué hacía una filósofa en el año 2026? Más o menos lo que hago ahora, pero sin Inteligencia Artificial. Sin chatbots que me ayuden a estructurar una clase, sin aplicaciones que realicen las diapositivas de presentación, sin el reconocimiento del lente que me ayude a calificar exámenes. Ahora vivo con pocas pantallas, pero más rodeada de verde.

Antes del efecto Séneca, cuando veíamos lejana la caída catastrófica, fuimos a un lugar semirural cerca de la megalópolis. Se llamaba Hidalgo y nos había sorprendido la cantidad de agua y, por consecuencia, lo verde del paisaje. Vimos arroyos, dos cascadas, una gran laguna, ríos y la lluvia caer. Las montañas eran verdes y todo florecía. Vimos una casa en forma de hongo y pensamos que sería buena idea vivir ahí.

Parte de nuestro viaje incluyó visitar un mirador en la sierra. Subimos con la camioneta y nos deteníamos cada vez que podíamos para ver desde la orilla hacia abajo. En eso estábamos cuando nos tuvimos que detener porque de frente venía un pastor con sus cabras, vacas y perros. Nos pasaron rodeando. Los animales ni se inmutaron ante nuestra presencia, siguieron su camino. Incluso una vaca pegó con el espejo lateral de la camioneta. El espejo se cerró y la vaca siguió. No me quise mover.

De regreso en la megalópolis, platicamos sobre ese encuentro. Nosotros dos estábamos tratando de descifrar cómo debíamos integrar la Inteligencia Artificial a nuestra vida, especialmente a la vida laboral. No nos queríamos quedar atrás y mucho menos sin trabajo. Teníamos que aprender a usarla y sacarle provecho.

—El pastor que vimos en la sierra, ¿tendrá el mismo dilema?

¿Qué dirían los grandes filósofos de lo que hago ahora? Seguramente los positivistas lógicos estarían molestos porque no soy tan rigurosa con la Lógica. Platón continuaría enojado, porque seguimos sin gobernar la polis. ¿Qué diría Aristóteles? Aquel filósofo que caminaba junto con sus estudiantes mientras dictaba clase. Los peripatéticos les llamaban, porque caminaban por el peripatos, un camino en el Liceo de Atenas. Él dedicó gran parte de su tiempo a ver cómo las hormigas hacían hileras, a ver cómo las semillas germinaban en condiciones naturales hasta convertirse en árboles. Pocos de sus escritos han llegado a la actualidad. Pero sabemos que sus obras más abundantes

y voluminosas no fueron sobre la Lógica, sino sobre la Naturaleza. Aristóteles pensó mucho en cómo los organismos de la Naturaleza, incluidos los humanos, cambiaban a través del tiempo pero seguían siendo la misma persona o el mismo ser. ¿Qué significa ser humano? Una de las grandes preguntas que se siguieron haciendo los filósofos en los primeros 100 años del Antropoceno, sobre todo con la llegada e integración de artefactos tecnológicos a nuestra vida.

Todos pensaron que la Inteligencia Artificial iba a tomar las riendas del mundo. Creímos que primero sucedería un accidente con algún sistema de Inteligencia Artificial y que cederíamos totalmente la toma de decisiones a las máquinas, que a la primera oportunidad nos someterían. Dedicábamos muchas de nuestras horas de reflexión a averiguar si una máquina, si una Inteligencia Artificial, tenía comprensión semántica de lo que hacía.

—Si destruyen la humanidad, ¿comprenderán que nos están destruyendo?

Ese tipo de preguntas nos hacíamos. Ingenuamente creíamos que era posible que los robots serían los amos del mundo.

Pero, en lugar de un futuro ultratecnológico, con la Inteligencia Artificial totalmente integrada a la vida humana, lo que sucedió fue lo que ha ocurrido siempre, desde la aparición de los primeros organismos en la era Paleozoica: la Naturaleza reinó. Pero antes de que la Naturaleza nos recordara quién manda, hizo lo que mejor sabe hacer: destruir para generar vida.

Así que el efecto Séneca más bien fue un fin fundacional, una oportunidad para reparar el mundo y empezar de nuevo.

“El crecimiento procede lentamente, la caída se acelera”, escribió el filósofo estoico haciendo referencia a que el declive de un sistema es mucho más rápido que su previo crecimiento. Más o menos así fue la caída catastrófica del mundo hipertecnológico, pasados los primeros 100 años del Antropoceno.

La humanidad estuvo ahorcando a la Naturaleza durante tanto tiempo, que ella respondió y arrasó. Los humanos secaron agua subterránea para extraer algo llamado litio que les permitía almacenar grandes cantidades de energía, pero agotaron la energía y los materiales. Irrumpieron en los lugares más inimaginables para colocar centros de datos y así lograr mantenerlos fríos de manera más fácil. Los colocaron en los bosques escandinavos y en naves para que flotaran en el frío del espacio exterior, que también lo llenaron de drones que reflejaban la luz solar de manera extraña. Existían lugares donde nunca apagaban la luz. Sustituyeron los coches de combustible por coches inteligentes y eléctricos, pero que ocupaban el mismo espacio que los antiguos vehículos. No salvaron a las ballenas porque el modelo industrial y social siguió siendo el mismo, es decir, individualista. Tal vez las ballenas siguen por ahí, ahora que los océanos son solo para ellas, y no para los cables submarinos que atravesaban de continente a continente por motivo de las telecomunicaciones.

El cambio climático fue imparable. La Naturaleza nos dio avisos cada vez más fuertes. Los climas fueron haciéndose cada vez más extremos, dejó de existir el clima templado. Los huracanes, además de ser siempre de categoría 5, llegaban abruptamente, sin poder emitir avisos de evacuación a la población. Lo mismo sucedió con los tornados sobre la tierra y las heladas. Se hizo casi imposible que la gente tuviera el tiempo suficiente para resguardarse.

Hubo regiones donde la lluvia empezó a caer y no paró. Varias superficies se convirtieron en lagos, otras se integraron al mar. No fue un diluvio como se leía en la Biblia ni fue el fin del mundo como decían varias sectas. Ahora no consideramos ese año como un final, pero sí como un fenómeno simbólico. Hablamos de un antes y un después del mundo hipertecnológico.

El efecto Séneca fue rápido y súbito. Afortunadamente no duró mucho. Después de los fenómenos extremos del cambio climático, la Naturaleza nos dio una tregua.

Muchas personas murieron, otras tuvieron que ser desplazadas. En mi caso, me fui de la megalópolis del centro de México porque la vida se hizo insostenible. Curiosamente no fue una inundación lo que acabó con los chilangos, sino la contaminación.

Ahora que vivo en el campo, de vez en cuando nos llega alguna nube tóxica proveniente del centro de México. No traemos integrados implantes en la cabeza para controlar celulares, ni gafas que busquen información por nosotras, ni otros gadgets con Inteligencia Artificial. Pero nuestra vestimenta sí trae integrada cubrebocas. Algo mucho más rudimentario, además de que hemos reaprendido a leer el cielo. Si va a llover, si viene la nube tóxica, si el granizo será repentino, si mañana amanecerá frío.

Cuando estudié Filosofía, antes del efecto Séneca, siempre me preguntaban:

—¿Y qué hace una filósofa en el siglo XXI?

Siempre me fue difícil responder.

—No sé hacer nada.

Eso les dije cuando llegué al campo.

Tengo amigos y vecinos que cuidan animales, cultivan la tierra y producen nuestros alimentos. Dejamos de tener jardines para tener huertos. He aprendido algo sobre esos trabajos, en los cuales en ocasiones colaboro si alguien se enferma o tiene que cumplir otra función. Pero mi trabajo principal es dar clases.

No enseñé sobre si los sistemas con Inteligencia Artificial tenían razonamiento sintáctico, si sabían que estaban tomando decisiones por nosotros. Tampoco enseñé los principios de la prueba de Turing, ni el argumento del cuarto chino ni la distinción entre la Inteligencia Artificial fuerte y la débil. No me he referido a la Inteligencia Artificial explicable ni al problema de la caja negra desde que vivo en el campo. En ocasiones pienso en el continuo del agente inteligente, pero lo pienso cuando veo una parvada

antes del atardecer. Los pájaros mueven y salen de los árboles, danzan sincronizadamente en el aire, antes de regresar a sus nidos. Veo cómo la agencia individual, que durante tantas décadas tratamos de conceptualizar, tal vez no era tan importante.

Vivimos sin la hiperconexión, no hay forma de sostener el futuro ultratecnológico del que hablamos durante tantos años. Es una nueva vida en el campo. No sabemos exactamente dónde estamos, no tenemos GPS ni Google Maps. Me gusta imaginar que estamos en Hidalgo, aunque no vivo en una casa en forma de hongo. En ocasiones, creo que me parezco más al pastor con sus cabras, vacas y perros.

A veces pienso en cómo será el futuro, si regresaremos a las ciudades y si la hipertecnología volverá. Mientras trabajamos y colaboramos para sostener nuestra vida. Creo que todavía trabajaré por muchos años. De todas formas, creo que en el viejo modelo nunca me iba a poder jubilar. Por otro lado, quién lo diría, milenios después, las filósofas seguimos teniendo trabajo. Todavía tenemos algo que hacer en esta nueva comunidad.

No sé si le puedo llamar a lo que hago un trabajo propiamente. Enseño sobre los ciclos que podemos observar en la Naturaleza, porque todavía los podemos observar. La Inteligencia Artificial desapareció, no la podemos sostener, pero la Naturaleza, como ha hecho durante millones de años, se sostiene a sí misma. En clase, reflexionamos sobre el valor de vivir en comunidad, de la convivencia interespecie, de hacer vida social en estas condiciones, si tal vez ahora somos más humanos. Muchas veces hablamos de esto mientras caminamos. Nos detenemos a ver un hormiguero cuando tenemos la fortuna de encontrar uno y observamos cómo hacen hilera las hormigas. Así como lo hizo Aristóteles.

Las olas siempre regresan

Tabatha Aime Soria Gutiérrez



Las olas siempre regresan

—Tabatha Aime Soria Gutiérrez

Género: Romance

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Siempre he pensado que las personas tienen un verano que les cambia la vida.

No un verano perfecto.

No uno lleno de fuegos artificiales y canciones románticas sonando mágicamente en el fondo.

Uno de esos veranos raros que llegan sin avisar y después te dejan mirando el techo a las tres de la mañana preguntándote:

"¿Y si hubiera hecho algo diferente?"

El mío empezó con una maleta rota.

—¿Por qué arrastras eso como si hubieras sobrevivido a una guerra? —escuché una voz detrás de mí.

Volteé y ahí estaba Nico.

Tenía una sonrisa burlona en el rostro, una gorra negra hacia atrás y el cabello un poco más largo que el verano pasado.

Y el problema fue que lo primero que pensé no fue hola.

Fue:

"¿Desde cuándo se ve así?"

Lo conocía desde que tenía once años.

Nuestros padres eran amigos y cada verano terminábamos en la misma casa cerca de la playa.

De pequeños nos aventábamos arena, competíamos por quién encontraba más conchas y discutíamos por cosas absurdas.

Una vez lloró porque le gané jugando cartas.

Otra vez me aventó al mar por venganza.

Así era nuestra relación.

Molestarnos y sobrevivir.

Nada más.

O al menos eso creía.

—¿Me vas a saludar o solo te quedarás viéndome? —dijo cruzándose de brazos.

Parpadeé.

—Claro que no te estaba viendo.

—Sí, sí estabas.

—No.

—Hasta inclinaste la cabeza.

Sentí calor en las mejillas.

—Cállate.

Él sonrió.

Y sentí algo extraño en el estómago.

Algo pequeño.

Algo que no estaba ahí antes.

Las mañanas eran mis favoritas.

Me despertaba temprano y salía a caminar a la playa mientras el cielo seguía medio dormido.

Ese día estaba sentada viendo las olas cuando escuché pasos acercándose.

—Sabía que estarías aquí.

Era Nico.

Se sentó junto a mí.

Por unos segundos ninguno habló.

Solo escuchábamos el mar.

—¿Sabes algo raro? —dijo.

—¿Qué cosa?

—El año pasado eras más bajita.

Lo miré con indignación.

—¿Viniste hasta aquí para decirme eso?

—Solo estoy observando cambios.

—Qué observador.

Me sonrió.

—Hay otro cambio.

—¿Cuál?

Me miró unos segundos.

Y luego dijo:

—Tus ojos se ven distintos.

Mi corazón hizo algo extraño.

Como cuando bajas rápido una escalera y por un segundo sientes que pierdes el equilibrio.

—Estás raro —dije.

—¿Por qué?

—Porque dijiste algo bonito.

—No te emociones.

Lo empujé del hombro.

Él empezó a reír.

Y yo también.

Pero una parte de mí seguía pensando en lo que había dicho.

"Tus ojos se ven distintos."

Las semanas comenzaron a pasar demasiado rápido.

Fuimos al muelle.

Vimos películas hasta quedarnos dormidos.

Caminamos por la playa de noche.

Y cada día algo cambiaba un poco.

Cosas pequeñas.

Muy pequeñas.

Pero las notaba.

Notaba cuando me miraba.

Notaba cuando buscaba sentarse a mi lado.

Notaba cuando sonreía antes de decir algo tonto.
Y lo peor era que también notaba cómo me hacía sentir.
Una noche salimos a comprar helado.
Íbamos caminando cuando empezó a soplar un viento horrible.
Mi cabello estaba en mi cara.
No veía nada.
—Espera —dijo.
Se acercó y acomodó un mechón detrás de mi oreja.
Fue algo tan simple.
Tan pequeño.
Pero el tiempo se detuvo.
Podía escuchar mi corazón.
Podía escuchar mi respiración.
Podía escucharlo a él.
—Listo —dijo sonriendo.
Y siguió caminando como si no hubiera pasado nada.
Mientras yo me quedé inmóvil.
Porque para él había sido un segundo.
Pero para mí...
había sido todo.
Dos días después llegó Emma.
Emma era bonita.
Ridículamente bonita.
Tenía el cabello claro, una sonrisa perfecta y se reía de todos los chistes de Nico.
Todos.
Incluso los malos.
Especialmente los malos.
Y de repente él pasaba más tiempo con ella.

Y yo me repetía una y otra vez:

"No importa."

"No me importa."

"No me gusta Nico."

Hasta que una tarde los vi riéndose juntos cerca del agua.

Y sentí ese pequeño dolor en el pecho.

Ese dolor que llega cuando entiendes algo antes de querer aceptarlo.

Me gustaba.

Me gustaba Nico.

Y estaba completamente perdida.

La última noche del verano hicieron una fiesta en la playa.

Había música.

Luces colgadas entre los árboles.

Personas bailando.

Y yo estaba sentada sola mirando el mar.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó una voz.

Nico.

Me senté derecha.

—Porque quería estar sola.

—Mentirosa.

Se sentó junto a mí.

Lo miré.

—¿Y Emma?

—Se fue hace rato.

Silencio.

Las olas chocaban suavemente.

Y entonces habló.

—¿Te hice algo?

Lo miré confundida.

—¿Qué?

—Últimamente te alejas.

Bajé la mirada.

Porque no sabía qué responder.

¿Cómo iba a decirle:

"Me alejé porque me enamoré de ti y me dio miedo."

Sentí un nudo en la garganta.

Y entonces dije la verdad.

Solo un poquito.

—Creo que las cosas cambiaron.

Nico se quedó callado.

El viento movía su cabello.

Y luego sonrió un poco.

—Sí.

Lo miré.

—Sí cambiaron.

Se acercó lentamente.

—Y llevo semanas esperando que lo notaras.

Mi corazón dejó de funcionar.

Literalmente.

—¿Qué...?

Soltó una pequeña risa.

—De verdad eres lenta.

Lo golpeé en el brazo.

—¡Nico!

Se rio.

Y antes de que pudiera reclamarle otra cosa...

me besó.

Suave.

Lento.

Como las olas llegando a la orilla.

Y entendí algo en ese instante:

Las personas sí tienen un verano que les cambia la vida.

Y el mío empezó con una maleta rota.

Pero terminó con alguien que, quizá, llevaba mucho tiempo siendo mi hogar.

La batalla perdida

Roger Ivanodik Juan López Churata



La batalla perdida

—Roger Ivanodik Juan López Churata

Realizado sin asistencia de IA para el texto
Imagen generada con asistencia de IA (Modelo: Copilot)

—Tenemos el frente cerrado y no tenemos información del avance enemigo.

Dijo el capitán mientras sostenía su comunicador satelital. El operador que sostenía una tableta digital de cristal translúcido se aseguraba de que la encriptación no quedara interrumpida. Lejos quedaron los días en que en las comunicaciones militares se empleaban equipos como el TRPP11; otrora la señal viajaba desnuda y podía ser captada por cualquier receptor.

La encriptación residía en el lenguaje: solo la primera letra de la palabra era la relevante del mensaje. Era de esperarse que los mensajes fueran tediosamente largos y los operadores de comunicaciones, además de pesadas baterías, cargaran con papel y lápiz para decodificar sobre la marcha. Conforme la importancia del mensaje aumentaba, el enemigo más interesado estaba y contaba con una serie de claves descifradas para decodificar los mensajes interceptados. Entonces se requería algo más complicado que la clave MURCIELAGO (0123456789), y la criptografía en las telecomunicaciones se convirtió en un arma más letal que una batería de misiles. Conocer la estrategia y movimientos del enemigo era más importante que aplastar una batalla con poderío terrestre y de equipos...

—¡Desplieguen los drones de reconocimiento después de los señuelos! —exclamó el capitán con voz atronadora, interrumpiendo el ensimismamiento del operador, que de inmediato dejó de mirar el comunicador y se puso a operar su tableta, deslizando los dedos hábilmente sobre el cristal para luego levantar la palma de la mano justo encima del cristal sin tocar la pantalla. Después cerró el puño para confirmar el armado de los drones; de inmediato se proyectó el holograma de cinco drones por encima de la tableta. Con un ligero deslizamiento del puño hacia adelante y arriba, abriendo la palma nuevamente, los drones holográficos ascendieron y avanzaron medio metro delante de la tableta para luego desaparecer.

De inmediato se sintió un rumor del exterior y se pudo ver que los drones señuelo pasaban acelerando justo por encima de la base temporal de operaciones. No se los pudo seguir más con la mirada, pues también activaron su mecanismo de invisibilidad. Los drones contaban con un recubrimiento que básicamente es una pantalla flexible que emula los colores y textura del entorno, algo muy simple pero efectivo. Como cuentan con unidades de procesamiento neuronal NPU de casi mil tera operaciones por segundo (TOPS, ya casi un POPS por casi llegar a un peta de operaciones por

segundo), procesan instantáneamente el entorno para un camuflaje efectivo. El recubrimiento cerámico protege la integridad del dron, que acelera a mach 1.5, más de 1837 km/h.

Con un procedimiento similar se despegaron cinco drones adicionales, de los que hubo solo confirmación visual, pues no hacían ningún ruido, pero eran notablemente más lentos, no superaban mach 1 e igualmente se camuflaban. Estos últimos drones eran los importantes, pues son los que en realidad tomarían y enviarían la información requerida sobre el avance del enemigo. Los primeros drones distraerían a la defensa china y marcarían sus bases. A pesar de contar con redes 7G para ambos lados, los inhibidores de señales hacían que las telecomunicaciones fueran totalmente inservibles. Si los señuelos captaban algo, podían transmitir los datos a los drones más lentos. La tecnología era avanzada, pero muy limitada en operaciones de comunicación; es por eso que el retorno de los drones silenciosos era vital para descargar los datos almacenados después del reconocimiento. No había posibilidad de comunicación remota de larga distancia.

—¡Debemos tener algo! El centro de mando presiona por resultados que sirvan para el avance, estamos al límite de recursos —refunfuñó el capitán, al mismo tiempo que rechinaba los dientes, mostrando auténtica desesperación.

Pero tenía razón, los drones desplegados eran casi los últimos con los que se contaba. Luego de la segunda caída de Rusia, China se defendía con drones que volaban por decenas de miles, pero luego de décadas de incesante uso de recursos y con los rusos atrincherados en Siberia sin ya más fuerza, los chinos resintieron haber usado sin medida y en exceso sus recursos. Si bien habían recuperado Taiwán, conquistado Corea y Japón, la persistencia de la OTAN los había acorralado a su región oriental, pues la frontera occidental ya estaba ocupada por fuerzas aliadas al norte e hindús al sur.

—Si tan solo los americanos pudieran hacer algo —masculló el operador con mirada sombría hacia la árida estepa de Mongolia, lugar donde estábamos estancados por ya casi cinco años.

Antes de la primera caída de Rusia, los americanos habían atacado con todo lo que tenían; sin embargo, estaban muy equivocados del avance nuclear de Irán y Corea del Norte, que de inmediato demostraron lo que por décadas se sospechaba: que podían hacer daño, y lo hicieron mucho. La costa oeste de Estados Unidos fue despedazada y su orgullo hizo marchar a sus fuerzas logrando la conquista de Oriente Medio y la primera caída de Rusia. No vieron plausible que China acudiría en defensa de los bolcheviques; la entusiasta victoria se convirtió en desastre cuando China envió masivamente fuerzas terrestres bien equipadas a la frontera con Rusia.

“Cambio de posición en 5 días, preparar traslado”, se mostró en la pantalla del comunicador de brazo del operador. Eso significaba que los tanques perforadores ya

habían adecuado una nueva posición subterránea y debíamos trasladar todos los equipos.

—Espero ya no aparezcan más esos malditos olgois —dijo el operador con la mirada fija en la entrada al subsuelo.

Y es que desde que llegaron a la estepa mongola, algunas decenas de soldados y operadores habían muerto cruel y repentinamente, algunos tenían medio cuerpo derretido. Nunca hicimos caso a los pobladores cuando nos hablaron del gusano de la muerte. Nadie los ha visto y ha sobrevivido. Dicen que son rojos como la sangre y tan grandes como un borrego sin patas. ¿Cómo puede algo tan grande esconderse y no poder ser visto? Y lo más extraño es que los radares de subsuelo no los detectan, absolutamente ningún movimiento o lectura anómala.

—¡Algo se acerca, todos en posición de defensa! —anunció el capitán.

Somos pocos los que estamos en la superficie, casi todo el sistema de defensa es autónomo. Solo debemos verificar que sea realmente el enemigo para activar las IA de defensa, así de bien funcionan los inhibidores de señal, que no podemos reconocer ni siquiera nuestro equipo hasta que la señal de onda corta decodifique la firma digital de los drones.

—¡Son los señuelos! Y son todos —dijo el capitán, a tiempo de que dejaba su boca totalmente abierta.

Nos quedan pocos, pero los señuelos son algo con lo que no contamos que regresen.

—Esto está muy raro y no me gusta, manda la instrucción a todos abajo para que tengan los datos decodificados y listos para enviarse a control —indicó el capitán al operador.

El operador repitió la orden en voz alta a su tableta y envió el mensaje mediante la red cerrada e interna que comunicaba a los que estaban en el subsuelo y los que operaban desde la superficie.

Los drones señuelo descendieron en sus bases móviles, a donde el operador llegó corriendo para supervisar su desactivación y conectarlos de inmediato a la red interna para descargar los datos de estos. A pesar de ser señuelos, también registraban datos. Pero no había datos. El archivo de registro y bitácora pesaba cero bytes; lo normal era tener archivos de algunos cientos de terabytes.

—Es imposible, ningún dato de todos los drones. No pueden haber fallado al mismo tiempo, a no ser que... abrir canal con el capitán —dijo el operador mientras cambiaba su mirada de total extrañeza a un frenesí desesperado al dar instrucciones a su comunicador de brazo.

Comenzó a correr con los ojos totalmente desorbitados hacia la pequeña base de la superficie.

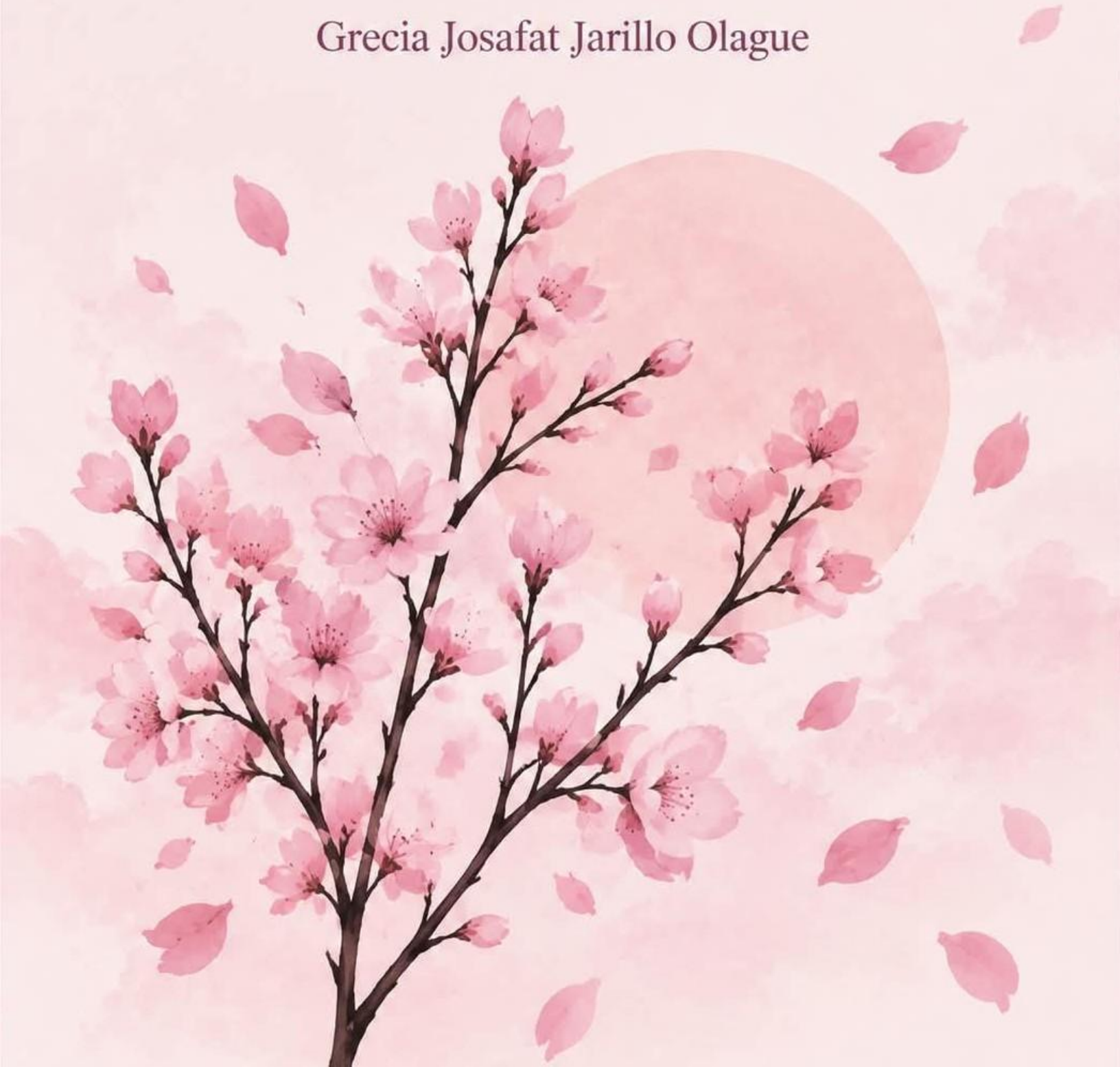
Lograron intervenir los drones.

—¡Nos han hackeado, los chinos saben dónde estamos, capitán active la IA de defensa!

El capitán recibía un reporte de un escuadrón de soldados de reconocimiento que aparecieron desintegrados, como si hubieran sido derretidos. Levantó la mirada y sus ojos llorosos, que ya tenían infinita tristeza, ahora mostraban también infinito miedo al ver que el operador retornaba a toda carrera. Un resplandor intenso destelló detrás del operador, todo lo cubrió, todo lo borró, nada en la superficie ni en el subsuelo quedó.

Si un día olvido tu nombre

Grecia Josafat Jarillo Olague



Si un día olvido tu nombre

—Grecia Josafat Jarillo Olague

Género: Drama literario con elementos de ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Dicen que el futuro fue construido para salvarnos del dolor. Durante décadas la humanidad dedicó cada uno de sus días a desafiar aquello que parecía imposible. Se levantaron ciudades donde los edificios respiran luz, los jardines crecían suspendidos entre el vidrio y el cielo y las enfermedades dejaron de ser sentencias para convertirse en simples expedientes médicos. Los corazones podían reemplazarse, los pulmones imprimirse y los recuerdos almacenarse en pequeños cristales capaces de conservar una vida entera. Incluso existían inteligencias artificiales que aprendían la voz de las personas para que nadie tuviera que despedirse del todo. El mundo creyó haber conquistado el tiempo, pero el tiempo jamás perteneció al ser humano. Mientras todos celebraban los avances de la ciencia, la muerte seguía caminando por las mismas calles de siempre.

Mi nombre es Ruana. Tengo veinte años y la historia que estoy a punto de contar comenzó mucho antes de que mi madre muriera. Comenzó el día en que dejó de reconocermé. Recuerdo aquella mañana con una claridad que todavía me duele. La luz atravesaba las ventanas inteligentes de nuestra casa y pintaba el comedor con un tono dorado que mi madre adoraba. Siempre decía que la luz de las ocho de la mañana era la única que todavía parecía verdadera, porque el resto del día la ciudad permanecía cubierta por enormes filtros atmosféricos que protegían a las personas del sol. Yo preparaba café mientras ella acomodaba unas gardenias blancas en un florero de cristal. Amaba las gardenias. “Las gardenias no necesitan hacer ruido para que todos sepan que existen”, me decía mientras acariciaba sus pétalos. Las personas que aman de verdad tampoco. Años después comprendería que hablaba de ella.

Cuando dejó el florero sobre la mesa me observó durante varios segundos. No había miedo en sus ojos. Solo una inmensa confusión. Sonrió con esa misma dulzura con la que saludaba a cualquier desconocido y preguntó:

—Disculpa... ¿tú eres...?

Esperé unos segundos creyendo que se trataba de una de sus bromas, pero el silencio comenzó a hacerse demasiado largo.

—¿Mamá? —respondí.

Ella bajó la mirada, volvió a observarme y susurró con una tristeza que todavía puedo escuchar cuando cierro los ojos:

—Perdóname... siento que debería conocerte.

En ese instante comprendí que el corazón no siempre se rompe con un golpe. A veces se deshace lentamente, igual que un papel bajo la lluvia. Todo lo que habíamos vivido seguía existiendo, pero únicamente dentro de mí.

Los médicos explicaron que padecía una enfermedad neurodegenerativa tan extraña que incluso la medicina del siglo XXII era incapaz de detenerla.

—Podemos retrasar su avance —dijo la doctora mientras un holograma mostraba el cerebro de mi madre iluminándose y apagándose.

Nunca había odiado tanto una palabra.

Retrasar era otra forma de decir que la perdería poco a poco. Mi madre se llamaba Elian y trabajaba restaurando recuerdos humanos, no fotografías ni videos, sino memorias. Ayudaba a reconstruir voces, momentos y fragmentos de vidas que el tiempo había desgastado, decía que recordar era la forma más hermosa de vencer al olvido. Qué ironía tan cruel. La mujer que dedicó toda su existencia a salvar los recuerdos de los demás terminó perdiendo los propios uno a uno, mientras yo aprendía que el verdadero dolor no llega cuando alguien muere, sino cuando empieza a desaparecer delante de nuestros ojos.

Durante los primeros meses intenté salvarla con todo lo que tenía a mi alcance. Grabé su voz en pequeños cristales de memoria, guardé sus canciones favoritas, fotografié sus manos, sus vestidos, sus gardenias, la forma en que acomodaba las tazas en la alacena y hasta el modo en que decía mi nombre cuando estaba cansada. Compré dispositivos que le recordaban dónde estaba, qué día era, quién era yo, pero ninguna máquina podría devolverle el calor exacto de haberme visto caminar por primera vez, de haberme sostenido cuando era niña y tenía fiebre. Las máquinas sabían mi nombre, pero mi madre empezaba a olvidarlo, y eso hacía que todo el futuro me pareciera inútil.

Había días buenos, días en los que despertaba casi igual a como había sido siempre. Me llamaba por mi nombre, pedía café, me preguntaba si ya había comido y se quejaba de que yo dormía poco. Entonces yo fingía que todo estaba bien, fingía con una perfección que me dolía. Le hablaba de la universidad, de mis clases, de mis amigas, de profesores que seguían creyendo que una calificación podía medir el alma de una persona. Ella me escuchaba con atención, como si cada palabra mía fuera una semilla.

A veces sacaba una revista vieja de sopas de letras, de esas que todavía prefería resolver en papel aunque existieran pantallas capaces de hacerlo todo por ella, y se sentaba conmigo en la mesa de la cocina.

—Busca la palabra casa —me decía.

Yo recorría las filas de letras con desesperación infantil, aunque ya no era una niña, y ella sonreía cuando la encontraba antes que yo.

—A veces las cosas más importantes están escondidas donde más hemos mirado —decía, marcando la palabra con un círculo torcido.

En ese entonces no sabía que, años después, yo iba a buscarla a ella de la misma manera: entre letras, entre recuerdos, entre el perfume de las gardenias.

Pero también había días malos, y esos días parecían no tener fondo. Una mañana olvidó cómo abrir la puerta del baño, otra tarde confundió mi voz con la de su hermana, una noche salió al balcón en camión porque dijo que debía ir a recogerme a la escuela, aunque hacía años que yo había dejado de ser niña. La encontré temblando frente a la ciudad iluminada, con los anuncios flotando sobre su rostro como luciérnagas artificiales.

—Ruana está sola —murmuró—. Tengo que ir por ella.

No supe qué decirle. Me acerqué despacio, la abracé por la espalda y le susurré al oído:

—Ya estoy aquí, mamá.

Ella se quedó quieta, como si mi voz hubiera abierto una puerta en alguna parte de su memoria, y después empezó a llorar. No lloró como adulta, sino como niña. Y yo, que todavía necesitaba ser hija, tuve que aprender a ser madre de mi propia madre.

A partir de entonces los médicos recomendaron internarla en el Jardín Central de Recuperación, un hospital diseñado para que nadie sintiera que estaba muriendo. Tenía pasillos con árboles vivos, techos donde nadaban peces holográficos y habitaciones capaces de reproducir el paisaje favorito de cada paciente. Mi madre eligió un jardín de gardenias al atardecer. No era un jardín real, pero la proyección era tan perfecta que a veces el aire parecía cargarse con un perfume inventado.

La primera noche me senté junto a su cama y observé aquellas flores blancas moviéndose con un viento que no existía.

—Cuando salgas —le dije—, iremos a un jardín verdadero.

Mi madre sonrió sin mirarme.

—No prometas viajes a quien ya empezó a despedirse.

En el hospital comencé a grabarla con más urgencia. Le hice preguntas pequeñas porque las grandes la cansaban. Le pregunté cuál había sido su primer recuerdo de infancia, qué canción temía olvidar, qué olor tenía la casa donde creció, cuándo había sabido que quería ser madre. A veces respondía con claridad y otras veces su mente se llenaba de niebla.

—Quise tenerte antes de saber tu nombre —me dijo un día—. Soñaba con una niña seria, de ojos enormes, que caminaba por una ciudad azul. Cuando naciste pensé: siempre fuiste tú.

Guardé esa frase como quien guarda agua en medio de un incendio.

Otra tarde me pidió una sopa de letras. Le llevé una revista del kiosco del hospital y un lápiz de punta suave. No pudo encontrar ninguna palabra. Pasó mucho tiempo mirando la página, perdida entre filas y filas de letras, hasta que finalmente señaló una combinación sin sentido y preguntó si ahí decía “mamá”.

Yo le dije que sí.

Mentí con toda la ternura que pude. Ella sonrió como si hubiera ganado algo. Yo entendí que, a veces, amar también es mentirle suavemente a quien se está yendo para que no tenga miedo.

El hospital ofrecía un servicio llamado Continuidad Emocional. Era legal desde hacía apenas diez años. Consistía en crear una simulación digital de una persona a partir de su voz, sus gestos, sus recuerdos y sus patrones de pensamiento. No era exactamente la persona, aclaraban los médicos con una delicadeza insoportable, sino una aproximación afectiva, una presencia útil para acompañar el duelo.

Cuando la doctora me lo propuso, sentí una mezcla de horror y esperanza: horror porque me pareció una profanación, esperanza porque yo era joven, porque tenía miedo, porque no sabía cómo iba a vivir en un mundo donde mi madre no estuviera.

Le pregunté a Elian si quería dejar una versión de sí misma. Ella tardó en responder, miró el jardín de gardenias proyectado en la pared, luego miró sus manos, esas manos que alguna vez habían sabido hacer de cualquier tarde común un refugio.

—No —dijo al fin.

—Pero podrías seguir hablando conmigo —insistí, odiándome por la desesperación de mi voz.

Ella me observó con una ternura casi insoportable.

—No sería conmigo, hija. Sería con tu hambre de mí.

Me quedé callada.

—Y el hambre no debe alimentarse con fantasmas —agregó.

Esa noche lloré en el baño del hospital con la mano sobre la boca para que no me escuchara. No lloré solo porque se estuviera muriendo. Lloré porque ella seguía enseñándome a vivir incluso desde la orilla de su desaparición.

Los últimos días llegaron sin dramatismo. Eso fue lo más cruel. Siempre imaginé que la muerte tendría una música propia, un cielo distinto, alguna señal solemne. Pero no, la muerte de mi madre llegó en días comunes, entre enfermeras que entraban a cambiar suero, bandejas de comida tibia y máquinas que seguían parpadeando con obediencia. Su cuerpo se volvió más ligero, como si empezara a desprenderse de la tierra antes de

tiempo. Sus manos, antes tibias, se enfriaban con facilidad. A veces me reconocía, a veces no.

Una tarde despertó y me llamó por mi nombre completo.

—Ruana —dijo, con una claridad que me atravesó.

Me acerqué de inmediato.

—Estoy aquí.

Ella levantó la mano y me tocó el cabello.

—Te he amado mal algunas veces —susurró—. Pero nunca poco.

Se me rompió algo en el pecho.

—No digas eso.

—Déjame decirlo. Las madres también tienen derecho a pedir perdón.

Yo apoyé la frente en su mano y quise volver a tener cinco años, quise que el mundo fuera pequeño, quise creer que ninguna madre podía morir si su hija la necesitaba tanto.

Después de aquella conversación, el tiempo dejó de medirse en días. Empezó a medirse en recuerdos. Cada mañana me preguntaba cuántas cosas seguiría conservando mi madre al despertar. Algunas veces recordaba mi nombre, otras únicamente el sonido de mi voz.

Los médicos comenzaron a hablarme con un tono diferente. Ya no proponían tratamientos nuevos ni hablaban de porcentajes de éxito. Ahora utilizaban palabras suaves, como si quisieran envolver la verdad con papel de seda para que doliera menos. Me explicaron que el cuerpo de mi madre estaba cansado, que el cerebro había comenzado a apagar lentamente aquello que lo mantenía unido al mundo y que pronto incluso respirar sería un esfuerzo demasiado grande. Yo asentía con la cabeza, pero no escuchaba realmente. Miraba las gardenias proyectadas en la habitación y pensaba que era injusto que unas flores inventadas parecieran más vivas que la mujer que me había dado la vida.

Aquella noche permanecí a su lado hasta que el hospital apagó las luces. El silencio era tan profundo que podía escuchar el lento recorrido del suero cayendo por el tubo transparente. Mi madre dormía. Su respiración era pausada, frágil, como si cada inhalación tuviera que convencer al universo de regalarle unos segundos más.

Tomé su mano. Ya casi no conservaba el calor de antes. Recordé todas las veces que esa misma mano sostuvo la mía al cruzar una calle, cuando tenía miedo de la oscuridad o cuando lloraba porque creía que el mundo era demasiado grande para mí.

Nunca imaginé que llegaría el día en que sería yo quien tendría que sostener la suya para ayudarla a cruzar hacia un lugar donde ya no podría seguirla.

Poco antes del amanecer abrió lentamente los ojos. Me buscó con la mirada y, por un instante, vi regresar a la mujer que había sido toda mi vida. Sonrió con dificultad y pronunció mi nombre con una claridad que hacía meses no escuchaba.

—Ruana...

Me incliné de inmediato.

—Aquí estoy, mamá.

Sus dedos acariciaron mi mejilla.

—No tengas miedo de seguir viviendo cuando yo me vaya.

Sentí que el aire desaparecía de la habitación.

—No puedo.

Ella negó despacio.

—Sí puedes. Porque todo lo que soy... también vive en ti.

Quise responder, pero el llanto me cerró la garganta. Después miró hacia la ventana donde las primeras luces comenzaban a teñir el cielo de un azul pálido.

—¿Hueles eso?

Respiré profundamente. No había nada, solo el aire limpio del hospital.

—Son las gardenias... —susurró sonriendo—. Siempre llegan antes que la mañana.

Fueron las últimas palabras que escuché de su voz.

Unos minutos después su respiración comenzó a hacerse más lenta. No hubo dolor en su rostro. No hubo sobresaltos. Solo un silencio cada vez más profundo hasta que el monitor dejó de dibujar montañas verdes y se convirtió en una línea recta. En ese instante comprendí que el sonido más triste del universo no era una alarma médica. Era el silencio que quedaba después.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí abrazada a ella. Tal vez fueron minutos. Tal vez horas. El tiempo había dejado de existir. Solo recuerdo apoyar mi frente sobre su pecho esperando escuchar un latido que nunca volvió.

Los días siguientes pasaron como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo. La ciudad seguía funcionando con su precisión impecable. Los trenes flotaban sobre las avenidas, los anuncios holográficos iluminaban las noches y las personas continuaban haciendo planes para el futuro. Me parecía absurdo. ¿Cómo podía existir un mañana si mi madre ya no estaba para verlo?

Regresé a casa con una pequeña caja entre las manos y, al abrir la puerta, el sistema doméstico preguntó con la voz de siempre:

«Bienvenidas a casa».

Entonces comprendí que incluso las máquinas podían equivocarse.

Durante semanas viví encerrada entre sus cosas. Dormía abrazada a uno de sus suéteres porque todavía conservaba un poco de su perfume. Cada domingo compraba un ramo de gardenias y lo colocaba exactamente en el centro de la mesa, igual que ella lo hacía. También dejaba una revista de sopas de letras abierta sobre la cocina. Nunca resolvía ninguna, solo observaba las letras durante horas, imaginando que, si buscaba lo suficiente, encontraría escondido su nombre entre todas ellas.

Una tarde comprendí que llevaba meses buscando a mi madre donde ya no podía estar. Cerré la revista, abrí la ventana y dejé que el aroma de las gardenias llenara la casa. Entonces recordé algo que ella solía decirme cuando yo era pequeña: «Las personas no desaparecen cuando mueren. Desaparecen cuando nadie vuelve a pronunciar su nombre».

Sonreí por primera vez desde que se había ido. No era una sonrisa feliz. Era una sonrisa llena de nostalgia. De esas que nacen cuando el dolor deja de ser un enemigo y comienza a convertirse en compañía.

Por eso escribí esta historia, no para hablar del futuro ni de la tecnología, ni de las ciudades donde las ventanas podían cambiar el paisaje.

Escribí esta historia porque ninguna máquina ha sido capaz de guardar el calor de un abrazo, porque ningún avance científico ha conseguido reemplazar la voz de una madre diciendo tu nombre con amor y porque entendí que hay recuerdos que solo sobreviven si alguien se atreve a escribirlos.

Ruana soy yo. Elian fue mi mamá. Y cada gardenia que vuelvo a comprar es una forma silenciosa de decirle que sigo aquí.

Si algún día dejo de recordar el sonido de su voz, espero que estas páginas lo hagan por mí, y si alguna vez alguien encuentra estas páginas, espero que no recuerde la enfermedad ni la muerte. Espero que recuerde el amor, porque, al final, fue lo único que sobrevivió al tiempo.

Yo también perdí a mi madre.

Y desde entonces entendí que el duelo no consiste en dejar de llorar. Consiste en aprender a vivir llevando a alguien en el corazón, aun cuando ya no puedas tomar su mano.

Mamá... si existe un lugar donde las gardenias nunca se marchitan, espérame allí. Yo seguiré buscándote, como cuando buscábamos palabras escondidas en una sopa de letras, con la esperanza de encontrarte una vez más.

Los embriones de Dios

Ángel Gilberto Sámano Trinidad



Los embriones de Dios

—Ángel Gilberto Sámano Trinidad

Género: Ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

I. El Vientre de Titanio

La capitana Elena Vance no sentía sus dedos, pero el dolor en su corteza cerebral era nítido, como un filamento de alta tensión encendido detrás de sus ojos. Frente a ella, a través del grueso cristal de cuarzo reforzado, el planeta LHS 1140b giraba como una canica de pizarra y hielo negro.

Llevaban ochenta años de viaje en criostasis. La Vanguardia no era una nave de exploración; era un útero de metal de tres kilómetros de largo. Su misión: sembrar la Fase Dos de la humanidad.

—Doctor Aris, informe de viabilidad —ordenó Elena, su voz raspando como lija debido a los fluidos de la hibernación.

A su lado, el doctor Julian Aris tecleaba febrilmente en la consola holográfica. Su rostro, pálido y demacrado, estaba iluminado por el brillo azul de los monitores de incubación.

—Los viales del Proyecto Génesis están intactos, Capitana —respondió Aris, con una fascinación que rozaba el fanatismo—. Los embriones de la "Cepa Atlas" han resistido el viaje interestelar. Su ADN modificado no muestra degradación por radiación cósmica. Estamos listos para la gestación acelerada.

La Cepa Atlas era el pináculo de la bioingeniería terrestre antes del colapso del viejo mundo. No eran simples humanos. Diseñados genéticamente con densidades óseas triples, capacidades pulmonares adaptadas a atmósferas hostiles, regeneración celular acelerada y una corteza prefrontal hiperdesarrollada capaz de procesar datos a la velocidad de una computadora cuántica. Eran superhumanos. Los herederos legítimos del cosmos, creados para conquistar un universo que a los humanos biológicos les quedaba grande.

—Inicie el protocolo de maduración —dijo Elena, sintiendo un peso invisible en el pecho. El destino de la especie estaba en esas incubadoras—. El nuevo hogar nos espera.

II. La Señal de la Fosa

Tres meses después, el primer lote de la Cepa Atlas ya caminaba por los pasillos de la nave. Debido a la maduración somática acelerada, tenían el aspecto de jóvenes de

veinte años, pero con una simetría física perturbadora y unos ojos grises, desprovistos de esclera blanca, que parecían absorber la luz. No hablaban entre ellos mediante sonidos; su telepatía sináptica de corto alcance hacía que las salas estuvieran en un silencio sepulcral, roto solo por el zumbido de los reactores.

Elena los observaba desde la cubierta superior. Le daban escalofríos. Eran perfectos, demasiado perfectos.

—Capitana, tiene que ver esto —la voz de Aris la sacó de sus pensamientos. El científico parecía no haber dormido en semanas.

En la pantalla del puente, un mapa topográfico de LHS 1140b parpadeaba en rojo. En el hemisferio sur, bajo una capa de tres kilómetros de hielo metánico, algo estaba emitiendo una señal.

—No es una fluctuación geológica —explicó Aris, mostrando una onda de frecuencia perfectamente regular—. Es una transmisión de banda ultraancho. Y no es aleatoria. Está dirigida específicamente a nuestra nave.

—¿Vida inteligente? —preguntó Elena, sintiendo que el frío del espacio exterior se colaba en sus huesos—. Pensábamos que este sector estaba muerto.

—Lo está. Al menos la superficie. La señal viene de la Fosa de Surtur, el punto más profundo del océano subglacial. Pero lo más extraño no es que exista... sino la estructura del mensaje. Es un código genético. Una secuencia de nucleótidos que nuestra computadora reconoce.

En ese momento, las luces del puente parpadearon. Abajo, en el área de descanso, los doce superhumanos de la Cepa Atlas se detuvieron al unísono. Giraron sus cabezas perfectas hacia la pantalla de la cabina de mando. Sus ojos grises estaban fijos en la señal que parpadeaba en rojo. No se movían. No respiraban. Solo escuchaban la llamada del hielo.

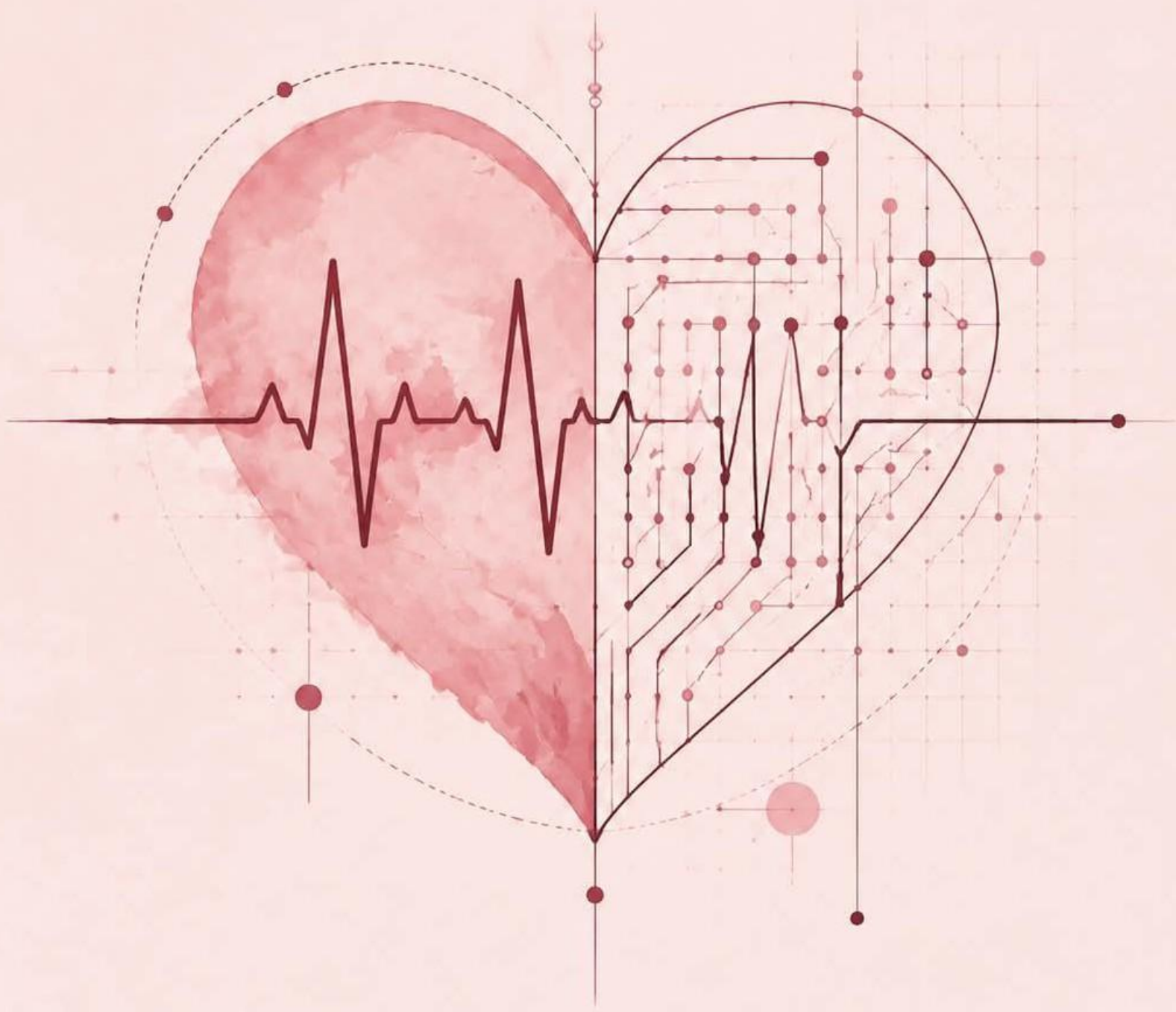
III. Lo que Habita en lo Profundo

A pesar de los temores de Elena, el protocolo de colonización exigía investigar cualquier anomalía. Una lanzadera pesada, tripulada por Elena, el doctor Aris y tres de los superhumanos —identificados como Atlas-1, Atlas-2 y Atlas-3— descendió hacia la superficie congelada del planeta.

Al ritmo de los algoritmos:

El compás de dos corazones

Nathalie López Munguía



—Nathalie López Munguía

Género: Romance Contemporáneo / Ficción Universitaria

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Capítulo 1: El eco de una melodía analítica

La mañana del 14 de febrero de 2031 no se presentaba distinta a cualquier otra en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. El sol invernal comenzaba a disipar la neblina sobre el Pasillo de las Ciencias, tiñendo de un dorado pálido las estructuras de concreto y metal que daban identidad al campus. Entre el flujo constante de estudiantes que se dirigían apresurados a sus respectivas aulas, Nathalie Lopez Munguía avanzaba con paso firme, resguardando contra su pecho una tableta holográfica de última generación.

A sus veintidós años, Nathalie se encontraba cursando el último trimestre de la Licenciatura en Tecnologías de la Información. Su rendimiento académico la había llevado a asegurar un lugar privilegiado en el prestigioso Laboratorio de Inteligencia Artificial de la UAM-A. Mientras la mayoría de sus compañeros se concentraban en optimizar bases de datos comerciales o diseñar interfaces para corporativos financieros, ella se encontraba inmersa en un proyecto infinitamente más complejo y, a ojos de muchos, peligrosamente idealista: el Proyecto Afrodita.

El objetivo del proyecto consistía en el modelado de una infraestructura de red neuronal predictiva, entrenada sobre la arquitectura avanzada de Gemini, capaz de procesar e interpretar estímulos biofísicos en tiempo real. Frecuencia cardíaca, microexpresiones faciales, conductancia eléctrica de la piel y variaciones sutiles en los patrones del habla eran analizados por el algoritmo para determinar si la compatibilidad emocional entre dos personas era genuina o simplemente una ilusión transitoria.

—Es una pérdida de tiempo intentar cuantificar el amor, Nathalie —le había advertido su asesor de tesis apenas la tarde anterior, mientras revisaba los diagramas de flujo de datos—. El romance humano es caótico, inherentemente imperfecto e impredecible. No obedece a redes neuronales, ni se ajusta a funciones de pérdida matemática.

Sin embargo, Nathalie poseía una obstinación indomable. Estaba firmemente convencida de que los latidos del corazón humano, por muy erráticos que parecieran, seguían una lógica matemática profunda. Si la inteligencia artificial era capaz de predecir el comportamiento de los mercados bursátiles mundiales y anticipar mutaciones genéticas complejas, sin duda alguna poseía el potencial para descifrar el compás armónico de la atracción humana.

Absorta en sus pensamientos y con la mirada fija en una línea de código que presentaba un bucle rebelde en su pantalla, Nathalie cruzó la plaza central sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor. No vio el grupo de estudiantes que discutían cerca de la biblioteca, ni tampoco al joven que avanzaba en dirección contraria, sumergido de igual manera en su propio universo mental.

"El sistema no busca el orden absoluto, busca la resonancia exacta donde dos frecuencias distintas dejan de competir y comienzan a coexistir."

El impacto fue inevitable. La tableta de Nathalie salió despedida por los aires, proyectando un haz de luz azulada antes de desactivarse por el golpe. Al mismo tiempo, el contenido de un vaso de café térmico terminó salpicando de lleno los tenis blancos de la joven y el borde de sus jeans.

—¡Fíjate por dónde caminas! —exclamó Nathalie de manera automática, arrodillándose de inmediato con una mezcla de frustración y pánico por el estado de su dispositivo.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Venía revisando unos arreglos de frecuencias y perdí por completo la noción del espacio —respondió una voz varonil, de un timbre profundo y visiblemente apenado.

Nathalie levantó la mirada, dispuesta a lanzar un reclamo más severo, pero las palabras se congelaron en su garganta. Ante ella se encontraba un joven de ojos claros y cabello castaño revuelto, vestido con una chamarra informal que portaba el emblema de la UAM. En su mano izquierda sostenía un diapasón de acero y, bajo el brazo, un cuaderno de notas repleto de partituras manuscritas entrelazadas con complejas ecuaciones de física acústica.

—Soy Julián —añadió él, extendiendo su mano libre en un intento por ayudarla a incorporarse—. Estudiante de Ingeniería Acústica. Estaba tan concentrado analizando cómo el ruido ambiental del campus interfiere con las ondas armónicas de baja frecuencia que no te vi.

Al aceptar su mano, un hecho imprevisto sacudió a Nathalie. En el instante preciso en que sus dedos entraron en contacto con la piel de Julián, un pitido agudo y persistente provino del reloj inteligente que llevaba en su muñeca izquierda. El sensor biométrico, que se encontraba enlazado directamente a los servidores del Laboratorio de IA, acababa de registrar una anomalía extrema: su frecuencia cardíaca basal había saltado de 72 a 112 latidos por minuto en un lapso inferior a dos segundos. El motor predictivo de Gemini, operando en segundo plano, envió de inmediato una alerta silenciosa a su interfaz.

Capítulo 2: Armonías cruzadas

Durante las semanas posteriores a aquel incidente, el campus de la UAM Azcapotzalco pareció transformarse en el escenario de un experimento involuntario. La probabilidad estadística de encontrar a la misma persona de forma fortuita en una comunidad de

miles de estudiantes era considerablemente baja; sin embargo, Nathalie se topaba con Julián en los lugares más inesperados de manera recurrente.

Lo encontraba leyendo tratados de procesamiento digital de señales en las mesas del segundo piso de la biblioteca central, o afinando instrumentos extraños bajo la densa sombra de los jacarandás que comenzaban a florecer cerca del edificio de Ciencias Sociales. Cada uno de estos encuentros, inicialmente breves y formales, no tardó en transformarse en prolongadas conversaciones que se extendían hasta que el sol se ocultaba detrás de los edificios de la Unidad.

—La música y el sonido no son más que matemáticas con alma, Nathalie —le explicaba Julián una tarde, mientras compartían una banca de metal en la plaza principal—. Un acorde mayor transmite una sensación intrínseca de estabilidad y alegría porque las frecuencias físicas de sus notas guardan proporciones numéricas perfectas. El cerebro humano está programado biológicamente para amar el orden físico y la simetría acústica. Por eso nos enamoramos de ciertas melodías, porque resuenan con nuestra propia estructura interna.

—Eso suena sumamente determinista, casi mecanicista —replicaba Nathalie, esbozando una sonrisa mientras simulaba tomar notas en su tableta, cuando en realidad estaba ejecutando un script de análisis lingüístico sobre las palabras de Julián—. Mi modelo predictivo busca la compatibilidad mediante variables cognitivas mucho más profundas: la empatía, los valores compartidos y la sincronía conductual, no solo por la forma en que vibra el aire a nuestro alrededor. Aunque... debo admitir que tu voz posee un rango frecuencial sumamente armónico.

Julián desvió la mirada, con las mejillas teñidas de un leve tono rojizo. En ese mismo instante, los sensores ópticos de la tableta de Nathalie registraron un incremento sutil en la temperatura periférica del rostro del joven, junto con una dilatación pupilar imperceptible a simple vista pero perfectamente mensurable para el algoritmo. En la esquina inferior derecha de la pantalla de Nathalie, una pequeña notificación parpadeó con insistencia:

[GEMINI CORE LOG]: Procesando datos biométricos y lingüísticos concurrentes.

Resultado: Probabilidad de atracción mutua incrementada a 89.4%.

Recomendación del sistema: Incrementar el tiempo de exposición presencial y reducir los filtros analíticos formales.

Nathalie cerró la cubierta de la tableta de golpe, sintiendo que un frío repentino recorría su espalda, seguido de una calidez inexplicable. Se descubrió a sí misma atrapada en un dilema existencial de la era moderna: ¿Aquello que comenzaba a experimentar de forma tan intensa por Julián era un sentimiento humano genuino y espontáneo, o se trataba simplemente de una consecuencia lógica predicha y guiada por un algoritmo perfectamente optimizado?

Capítulo 3: La disonancia del algoritmo

El trimestre de la UAM se aproximaba a su fin a pasos agigantados. La presentación final del Proyecto Afrodita ante el sínodo de evaluación del Departamento de Administración e Ingeniería había sido programada para la última semana de mayo. El ambiente en el Laboratorio de IA era de una tensión palpable; los proyectos de titulación de los alumnos definían no solo sus calificaciones, sino la posibilidad de obtener financiamiento por parte de instituciones tecnológicas internacionales.

Para que el modelo de Nathalie fuera validado y aprobado por los sinodales, requería realizar una demostración práctica en tiempo real utilizando a una pareja real sujeta al análisis del software. Tras días de vacilación, la joven reunió el valor necesario para pedirle a Julián que fuera su contraparte en la evaluación técnica. Él aceptó de inmediato, sin un solo segundo de duda.

La noche previa a la gran presentación, ambos se quedaron trabajando hasta altas horas en el interior del laboratorio. El espacio se encontraba sumido en una penumbra rota únicamente por los indicadores LED de los servidores que zumbaban con un ritmo constante y monótono. El aire olía a café cargado y a circuitos electrónicos tibios.

Julián, sentado sobre un banco de madera, rasgueaba acordes suaves y melancólicos en una guitarra acústica de viaje, mientras Nathalie, con los ojos cansados y el cabello recogido en un moño descuidado, realizaba los últimos ajustes a los hiperparámetros de la red neuronal de Gemini.

—Nathalie... —llamó Julián de pronto, interrumpiendo la melodía. El silencio que se instaló en el laboratorio pareció amplificar el sonido de sus palabras—. Si mañana, durante la demostración en vivo, el algoritmo arroja un resultado negativo... si dice que nuestra compatibilidad es baja o inexistente, ¿qué harías tú?

Nathalie detuvo sus dedos sobre el teclado virtual. Sus ojos se fijaron en las líneas de código que fluían por el monitor central, negándose a mirar directamente a Julián. La intensidad de la pregunta flotaba en el espacio como una onda acústica estacionaria.

—Es ciencia, Julián —respondió finalmente, esforzándose por mantener un tono de voz profesional y distante que, internamente, sabía que se estaba desmoronando—. Los datos empíricos no mienten. Si el modelo matemático determina que no somos compatibles, significaría que lo que hemos experimentado estas semanas es solo una reacción neuroquímica transitoria, un falso positivo de nuestro entorno. El amor real debe resistir la verificación de los datos.

Julián dejó la guitarra a un lado. Se levantó con lentitud y caminó hacia el escritorio donde ella se encontraba. Sin pedir permiso, extendió su mano y la colocó suavemente sobre el sensor biométrico que rodeaba la muñeca de Nathalie. Luego, se inclinó ligeramente hacia ella, rompiendo la distancia de seguridad que habían mantenido celosamente durante semanas.

—Entonces, mira la pantalla en este momento, Nathalie —le susurró al oído.

Ella alzó la vista hacia el monitor principal de procesamiento del Proyecto Afrodita. Lo que vio la dejó sin aliento. Los gráficos tridimensionales de dispersión y las curvas de regresión logística que Gemini solía renderizar con absoluta fluidez matemática se habían congelado por completo. Las líneas de código comenzaron a parpadear en un color ámbar de advertencia. El sistema se encontraba atrapado en un bucle lógico infinito, incapaz de procesar las señales de entrada.

La extrema cercanía de Julián, el roce de sus manos y la mezcla de frecuencias cardíacas aceleradas habían generado una tormenta de datos contradictorios en los sensores: picos concurrentes de cortisol causados por el nerviosismo, niveles masivos de oxitocina, y fluctuaciones erráticas en la temperatura dérmica que desafiaban cualquier patrón de entrenamiento previo. La inteligencia artificial no lograba encasillar la emoción dentro de ninguna categoría binaria.

[CRITICAL EXCEPTION]: Overflow de variables emocionales detectado.

Imposible calcular índice de correlación lineal estable.

Causa: Interferencia caótica multifactorial (Origen: Humano).

Acción sugerida: Abortar análisis algorítmico. Disfrutar el evento físico subyacente.

—A veces —dijo Julián, con una sonrisa ligera y los ojos fijos en los de ella—, el ruido más hermoso y perfecto de este universo es aquel que es capaz de romper por completo el sistema más avanzado.

Nathalie no respondió con palabras. Dejó caer la tableta sobre el escritorio y acortó los escasos centímetros que aún los separaban, uniendo sus labios a los de él en un beso que invalidaba de forma definitiva cualquier intento de predicción automatizada.

Mientras el software de Gemini continuaba desplegando advertencias desatendidas en el fondo de la habitación, ella comprendió que la tecnología era una herramienta extraordinaria para desentrañar los misterios del cosmos, pero que los secretos más profundos del corazón humano siempre pertenecerían a aquellos que tuvieran el valor de ignorar los algoritmos y entregarse por completo al caos del amor.

El príncipe del quinto sol

Héctor David Velasco Padilla



El príncipe del quinto sol

—Héctor David Velasco Padilla

Género: Fantasía

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Primera Parte: El eco de la obsidiana

El amanecer siempre llegaba primero a los volcanes. Desde la terraza del gran palacio de Tenochtitlan, el príncipe Iztécatl contemplaba cómo los primeros rayos del Sol teñían de oro las aguas del lago de Texcoco, mientras cientos de canoas comenzaban a recorrer los canales que daban vida a la ciudad. Los comerciantes preparaban sus mercancías, los sacerdotes ascendían lentamente las escalinatas del Templo Mayor y los guerreros regresaban de la guardia nocturna. Todo parecía seguir un orden inquebrantable. Sin embargo, aquel equilibrio, construido durante generaciones, estaba a punto de resquebrajarse.

A sus treinta años, Iztécatl conocía cada rincón del palacio, cada jardín donde florecían las dalias y cada corredor adornado con esculturas de piedra volcánica. Había crecido rodeado de maestros, escribas, astrónomos y guerreros que satisfacían cualquier inquietud antes de que esta se convirtiera en una necesidad. Nunca había sentido hambre, jamás había conocido el frío de una noche sin refugio y, aunque dominaba el macuahuitl con notable habilidad, siempre entrenó sabiendo que otros derramarían sangre antes que él. Su linaje le había enseñado a mandar; la vida, en cambio, aún no le había enseñado a servir.

Su abuelo, el antiguo Huey Tlatoani Acolmiztli, había muerto cuando él apenas era un adolescente. Los ancianos del consejo seguían pronunciando su nombre con una mezcla de respeto y nostalgia, pues afirmaban que ningún gobernante había logrado mantener unidas tantas ciudades sin olvidar que el verdadero poder nacía del equilibrio entre la fuerza y la justicia. Para Iztécatl, aquellas historias parecían leyendas exageradas que los viejos repetían para recordar tiempos mejores. Él admiraba a su abuelo, pero jamás comprendió el peso que significaba cargar con un legado semejante.

Todavía recordaba una tarde de su infancia. Tendría quizá diez años cuando acompañó a Acolmiztli hasta la orilla del lago. El anciano caminaba despacio, apoyándose en un bastón de madera labrado con serpientes entrelazadas. Permanecieron largo tiempo observando el agua, hasta que el emperador rompió el silencio.

—Mira el lago, nieto mío. ¿Qué ves?

—Nuestro reino —respondió el niño con orgullo.

El viejo sonrió sin apartar la vista del horizonte.

—No. Ves únicamente aquello que deseas heredar. Un día comprenderás que un gobernante no posee un reino; apenas lo cuida el tiempo suficiente para entregarlo intacto a quienes vienen detrás.

Aquellas palabras quedaron enterradas entre los recuerdos de la infancia. Entonces le parecieron incomprensibles.

Los años transcurrieron sin grandes sobresaltos. Iztécatl participó en ceremonias religiosas, encabezó expediciones diplomáticas hacia ciudades aliadas y destacó en los entrenamientos militares. Los nobles celebraban su inteligencia, mientras los sacerdotes alababan la claridad con la que interpretaba los códices antiguos. Sin embargo, también existía un defecto que pocos se atrevían a mencionar frente a él. El príncipe evitaba las decisiones difíciles. Siempre encontraba una manera elegante de delegarlas, convencido de que todavía disponía de toda una vida para aprender a gobernar.

Una mañana, mientras recorría el mercado de Tlatelolco disfrazado con ropas sencillas para observar a su pueblo sin ser reconocido, escuchó conversaciones que despertaron su curiosidad. Algunos comerciantes aseguraban que varias aldeas cercanas habían dejado de enviar tributo. Otros afirmaban que grupos enteros de campesinos abandonaban sus tierras al caer la noche porque aseguraban escuchar voces provenientes de los antiguos bosques. La mayoría atribuía aquellos rumores al miedo o a la superstición. Iztécatl hizo lo mismo y continuó caminando sin concederles mayor importancia.

Esa misma noche, los tambores ceremoniales sonaron fuera del horario habitual. El eco atravesó la ciudad como una advertencia. Cuando el príncipe llegó al Templo Mayor encontró reunidos al consejo de sacerdotes, a los generales del ejército y al Huey Tlatoani reinante, quien gobernaba desde la muerte de Acolmiztli. Sobre una piedra ceremonial descansaba un códice recién recuperado durante una expedición al norte del imperio. Sus páginas, elaboradas con piel de venado y pigmentos minerales, relataban una profecía casi olvidada.

Los sacerdotes explicaron que, mucho antes del nacimiento del pueblo mexica, los antiguos sabios habían encerrado una fuerza conocida como las Sombras del Primer Sol. No eran dioses ni hombres, sino el recuerdo de un mundo anterior que se negó a desaparecer cuando los dioses crearon el Quinto Sol. Desde entonces permanecían ocultas bajo la tierra, esperando el momento en que la ambición de los hombres debilitara el equilibrio del mundo. Aunque algunos generales rieron con discreción, los ancianos permanecieron en silencio. Ninguno ignoraba que las viejas leyendas solían ocultar verdades difíciles de explicar.

Iztécatl abandonó el templo con más preguntas que respuestas. Mientras caminaba por los jardines del palacio, volvió a recordar otra escena de su niñez. En aquella ocasión

observaba a su abuelo afilar lentamente un macuahuitl cuyas hojas de obsidiana reflejaban la luz del fuego.

—¿Por qué un emperador cuida su propia arma? —preguntó el niño.

Acolmiztli levantó la vista y respondió con serenidad.

—Porque el día que otro la cuide por mí, también comenzará a decidir por mí.

El príncipe sonrió al recordar aquella respuesta. Siempre había pensado que era una simple lección sobre disciplina. Ahora, por primera vez, comenzó a preguntarse si escondía un significado mucho más profundo.

Los días siguientes trajeron noticias cada vez más inquietantes. Mensajeros provenientes de las provincias informaban que caravanas enteras desaparecían sin dejar rastro. Los bosques permanecían extrañamente silenciosos y los animales huían hacia las montañas como si escaparan de un enemigo invisible. Incluso los sacerdotes afirmaban que el fuego sagrado del Templo Mayor ardía con un color más oscuro que de costumbre. A pesar de ello, el consejo decidió mantener la calma para evitar el pánico entre la población.

Entonces ocurrió algo que nadie esperaba. Un destacamento de guerreros águila regresó antes de tiempo de una misión en la frontera oriental. De los cincuenta hombres que habían partido, únicamente regresaron doce. Sus armaduras estaban intactas, pero sus rostros reflejaban un miedo que ningún enemigo humano habría podido provocar. El capitán, herido y apenas capaz de mantenerse en pie, pidió hablar únicamente con el gobernante y el príncipe. Antes de perder el conocimiento pronunció unas palabras que helaron el recinto entero.

—No luchamos contra hombres... luchamos contra la oscuridad.

Aquella noche, mientras el viento recorría los canales de Tenochtitlan y las antorchas apenas lograban romper las sombras del palacio, Iztécatl permaneció despierto contemplando el cielo. Por primera vez en muchos años sintió que el peso de su apellido era mayor que el orgullo de llevarlo. Sin saberlo, el joven que había vivido protegido por la nobleza acababa de dar el primer paso hacia un destino del que ya no podría escapar. Muy pronto descubriría que las batallas más difíciles no se libran con un arma en las manos, sino contra los temores que habitan en el corazón de quien está destinado a gobernar.

El umbral de la frecuencia oscura

Monserrat Ignacio Gamboa



El umbral de la frecuencia oscura

—**Montserrat Ignacio Gamboa**

Género: Terror psicológico

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Dola)

Personajes

Sebastián: Ingeniero en sistemas, líder del equipo, lógico y reservado.

Alison: Bióloga especializada en fenómenos ambientales, observadora y empática.

Arturo: Técnico en electrónica y comunicaciones, práctico y de carácter impulsivo.

Melisa: Física teórica, encargada de los cálculos y la teoría detrás del experimento.

Becca: Especialista en seguridad y logística, la más experimentada en situaciones de riesgo.

Capítulo 1: El experimento

El complejo de investigación Horus-7 estaba enterrado a casi trescientos metros bajo la sierra de Baja California, lejos de cualquier centro habitado. Durante dos años, el equipo había trabajado en secreto en un proyecto que prometía cambiar la forma en que entendían la realidad: un generador de frecuencias de alta energía diseñado para abrir canales de observación hacia dimensiones paralelas.

—No estamos creando nada, solo quitando las cortinas que nos impiden ver —explicó Melisa mientras revisaba los monitores, con las manos temblando levemente por la emoción—. La materia y la energía no son todo lo que existe. Hay frecuencias que coexisten con la nuestra, pero que no percibimos.

Sebastián asintió, aunque en su interior albergaba dudas. Como ingeniero, sabía que cada aumento de potencia suponía un riesgo.

—Todo está calculado, Melisa, pero recuerda: si superamos el límite de resonancia establecido, podríamos desestabilizar todo el campo magnético de la zona.

Alison, que revisaba los sensores ambientales en una esquina de la sala principal, frunció el ceño.

—Desde hace tres días los sensores de radiación y presión atmosférica registran variaciones que no coinciden con ningún modelo conocido. Es como si el aire mismo estuviera cambiando de composición.

Arturo soltó una risa corta mientras ajustaba los cables de alimentación.

—Seguro son interferencias normales. Esta maquinaria consume tanta energía que cualquier cosa puede alterar los medidores. Vamos, ya casi estamos listos para la primera prueba completa.

Becca, de pie junto a la puerta de seguridad principal, revisaba su arma de descarga eléctrica y el panel de cerraduras.

—Mi trabajo es asegurar que nada entre ni salga sin permiso. Pero les advierto: si algo sale mal aquí abajo, estamos aislados. No hay señal de radio, ni teléfono, ni posibilidad de ayuda externa. Solo contamos con nosotros.

A las 23:17 horas, se dio la orden de activación. Los motores zumbando aumentaron su tono hasta convertirse en un rugido profundo que vibraba en los huesos. Las luces del pasillo parpadearon con un tono azulado inusual, y en las pantallas aparecieron gráficos que se desviaban de lo esperado.

—Estamos dentro del rango —anunció Melisa con voz excitada—. Estabilizando la frecuencia en 14.300 megahercios.

En ese instante, el rugido se detuvo de golpe. Un silencio absoluto, más pesado que cualquier ruido, invadió toda la instalación.

Capítulo 2: Señales desde ninguna parte

—¿Qué pasó? —preguntó Arturo, golpeando suavemente la consola—. ¿Se cortó el suministro?

—No —respondió Sebastián, revisando los indicadores—. La energía sigue fluyendo, pero el sistema de control no responde. Es como si la maquinaria hubiera cambiado de función.

Alison se acercó a la ventana de observación, un vidrio blindado que daba a la cámara de resonancia.

—Miren... el aire dentro de la cámara. Se ve distinto, como si estuviera hecho de ondas en lugar de moléculas.

Lo que vieron les heló la sangre. En el centro de la cámara, donde antes solo había vacío controlado, se formaban figuras difusas, sombras que parecían tener forma humana, pero con proporciones incorrectas, demasiado altas, con extremidades que se alargaban y encogían como gomas.

—Están cruzando —susurró Melisa, con los ojos muy abiertos—. No es solo observación. Están interactuando con nuestro plano.

De repente, las comunicaciones internas comenzaron a emitir sonidos. No eran interferencias, sino frases, palabras que se repetían en un idioma que parecía el suyo, pero deformado, como si saliera de un túnel muy profundo.

“No pertenecen aquí... La frecuencia no es un puente, es una puerta... y una vez abierta, no se cierra sola.”

Becca se puso en guardia, señalando la puerta de acceso a la cámara.

—Alguien está intentando forzar la entrada. El sistema de cerraduras se desactiva solo.

—Es imposible —replicó Sebastián—. Esa puerta soporta explosiones de alto poder.

En ese momento, la temperatura en la sala bajó en más de diez grados en cuestión de segundos. El aliento de cada uno se convirtió en nubes visibles, y en las paredes comenzaron a aparecer manchas húmedas, aunque no había fugas de agua en el sistema.

Alison se llevó una mano a la garganta.

—Siento un olor... a metal viejo y a descomposición, pero no es de aquí. Es como si el aire que respiramos ahora viniera de otro lugar.

Arturo intentó reiniciar el sistema de emergencia, pero la pantalla se llenó de símbolos que no pertenecían a ningún código informático.

—Están hackeando el sistema, pero no es con tecnología. Es como si pensarán directamente en las máquinas.

Capítulo 3: La alteración de la realidad

Las horas siguientes fueron una sucesión de fenómenos cada vez más inquietantes. Las sombras en las esquinas de la sala dejaron de seguir la lógica de las luces; se movían por su cuenta, deslizándose por el suelo y las paredes con una velocidad antinatural.

—Están cambiando las reglas de lo que conocemos —explicó Melisa, intentando calcular algo en una pizarra electrónica que se borraba y escribía sola—. Al compartir nuestra frecuencia, sus leyes físicas comienzan a imponerse sobre las nuestras. El espacio y el tiempo ya no funcionan igual aquí.

Sebastián notó que los relojes marcaban horas distintas, unos avanzaban, otros retrocedían.

—No sabemos en qué momento estamos. Podríamos estar viviendo minutos o días sin darnos cuenta.

Becca, que había salido a revisar el pasillo, regresó pálida y con la respiración agitada.

—El pasillo ya no es recto. He caminado cincuenta metros y he vuelto a la misma puerta, pero con las paredes cubiertas de símbolos extraños, como si alguien hubiera estado escribiendo ahí durante siglos.

Alison comenzó a sentir mareos intensos y visiones fugaces: rostros sin ojos, voces que le susurraban al oído recuerdos que no eran suyos, vidas que nunca había vivido.

—Me están leyendo la mente —gritó, tapándose las orejas—. Saben quiénes somos, qué hemos hecho, qué tememos.

Arturo, que había mantenido la calma hasta entonces, perdió el control cuando vio que su propia sombra se separaba de su cuerpo y comenzaba a caminar hacia la puerta.

—¡Esa no soy yo! ¡No soy yo! —gritó, disparando con su arma de descarga.

El rayo golpeó la sombra, pero en lugar de dañarla, pareció alimentarla, haciéndola crecer en tamaño.

Melisa entendió entonces el error fatal.

—La energía eléctrica es la misma que usamos para abrir el canal. Todo lo que generamos aquí les sirve de combustible. Cuanto más energía usamos, más fuertes se vuelven.

Capítulo 4: El acercamiento

La sensación de estar siendo observados se volvió insoportable. Ya no veían solo sombras; comenzaron a percibir formas más definidas, seres translúcidos, como hechos de humo condensado, que se detenían a unos metros de ellos, inmóviles, estudiándolos.

—¿Qué quieren? —preguntó Sebastián con voz firme, aunque temblaba por dentro—. ¿Por qué no se van?

Una voz resonó directamente en sus cabezas, sin necesidad de altavoces ni sonido físico:

“No vinimos a invadir. Estábamos aquí antes que ustedes. Ustedes rompieron la barrera. Ahora compartimos el mismo espacio. Para ustedes, esto es un experimento. Para nosotros, es una mezcla de realidades. Y lo que se mezcla, ya no se separa.”

Alison comprendió con horror.

—No son malvados ni monstruos. Son diferentes. Pero sus reglas no son compatibles con nuestra biología. Su sola presencia altera nuestras células, nuestra percepción, nuestra estabilidad.

En ese momento, comenzaron a sentir dolores agudos en todo el cuerpo. Melisa revisó los sensores de signos vitales y vio que sus frecuencias cardíacas y cerebrales se estaban sincronizando con la frecuencia del generador, y por tanto con la de esos seres.

—Nos estamos adaptando —dijo ella con desesperación—. Nuestros cuerpos intentan funcionar según sus leyes, pero nuestra estructura biológica no está diseñada para ello. Es una transformación lenta y dolorosa.

Arturo cayó de rodillas, tocándose la cara, sintiendo cómo su piel parecía volverse más fría y elástica.

—Siento que mis huesos se alargan... que mi voz cambia. No quiero dejar de ser yo.

Becca, con el último resto de determinación, tomó un dispositivo de emergencia.

—Si no podemos cerrar la puerta, podemos destruir el generador. Sin fuente de energía, quizás la barrera se restablezca.

—Si lo destruimos, podemos dañar también toda la estructura del subsuelo —advirtió Sebastián—. Podríamos quedar sepultados aquí para siempre.

—O quedarnos aquí transformándonos en algo que no entendemos —respondió Becca con firmeza—. No hay elección.

Capítulo 5: El cierre

El plan era sencillo pero peligroso: acercarse a la cámara principal, colocar las cargas de sobrecarga en el núcleo del generador y activarlas desde una sala blindada alejada.

Caminar por los pasillos se convirtió en una pesadilla. Las paredes parecían respirar, el suelo se movía como una sustancia viscosa, y las figuras translúcidas se acercaban cada vez más, sin atacar, pero impidiendo el paso.

—No nos detendrán mientras mantengamos la mente unida —dijo Alison, sirviendo de guía—. Su influencia es mayor cuando estamos solos o asustados.

Melisa calculó el tiempo exacto.

—Tenemos tres minutos después de activar la carga antes de que el sistema colapse por completo.

Sebastián colocó los detonadores. Sus manos temblaban, pero completó la tarea.

—¡Todo listo! —gritó—. ¡Corran hacia la sala de control secundaria!

Mientras corrían, sintieron cómo la realidad se desgarraba a su alrededor. Vieron visiones de lo que habría pasado si hubieran permanecido: versiones de sí mismos, altas, pálidas, sin rostro, caminando en un mundo donde el tiempo no avanzaba, eternos observadores de su propia tragedia.

Llegaron a la sala de seguridad y cerraron la puerta blindada justo cuando una onda de energía estalló en todo el complejo. Un estruendo sordo recorrió los túneles, las luces se apagaron y todo quedó sumido en una oscuridad total.

Capítulo 6: El precio

Pasaron horas en silencio, con solo las linternas de emergencia. Cuando por fin recuperaron un poco de energía auxiliar, revisaron los sensores. La frecuencia anómala había desaparecido. El aire volvía a tener las características conocidas.

—Lo logramos —dijo Arturo con voz ronca, respirando hondo—. Se cerró la puerta.

Pero Melisa, al mirar los datos, negó con la cabeza lentamente.

—No del todo. La barrera está dañada, no reparada. Y... hay algo más.

Alison se miró las manos y luego miró a los demás. En sus ojos, se notaba algo distinto, un brillo frío que no estaba antes.

—¿Lo sienten? —preguntó ella en voz baja—. Ya no es solo el aire. Algo de ellos se quedó con nosotros. Una parte de esa frecuencia se integró en nuestra propia esencia.

Sebastián revisó su reloj y su pulso.

—Nuestros ciclos biológicos ya no son los mismos. Envejeceremos diferente, quizás más lento, quizás de otra forma. Y cada vez que haya una descarga de energía fuerte, sentiremos su presencia de nuevo.

Becca miró hacia la puerta de salida, sabiendo que volverían a la superficie, pero ya no serían exactamente las mismas personas que bajaron.

—Hemos abierto algo que no debíamos. Aunque cerramos la puerta, ya no somos los mismos. Y ellos... ahora saben que existimos. Saben cómo encontrarnos.

El equipo salió de las profundidades al amanecer, con la luz del sol tocando sus rostros. El aire fresco de la montaña parecía normal, pero en lo más profundo de su conciencia, en una frecuencia que nadie más podía percibir, escuchaban todavía ese susurro lejano, recordándoles que el universo tiene puertas que el ser humano no debería intentar abrir jamás.

Y en la oscuridad que quedaba atrás, en las ruinas silenciosas del complejo Horus-7, las sombras ya no esperaban dentro de la barrera. Ahora esperaban en la frecuencia que los cinco investigadores llevaban consigo, en cada latido, en cada pensamiento, listas para volver a cruzar.

FIN

El eco de las sombras compartidas

Ana Paola Pérez Morales



El eco de las sombras compartidas

—Ana Paola Pérez Morales

Género: Suspense psicológico

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

El encuentro en la niebla

La ciudad de Praga parecía engullida por una niebla perpetua esa noche. En un pequeño café de luces tenues, lejos del bullicio del centro, se sentaron Julián y Elena. Para el mundo, Julián era un arquitecto meticuloso que buscaba redención en el dibujo técnico; Elena era una asesora financiera con una sonrisa impecable y una habilidad innata para ganarse la confianza de los inversores más escépticos.

Ambos se conocieron hace tres meses en una gala de negocios. Fue una conexión instantánea, una chispa que ninguno de los dos esperaba en sus vidas, construidas meticulosamente sobre cimientos de falsedad.

Julián observaba a Elena mientras ella jugueteaba con su café. Sus ojos, aunque brillantes, ocultaban un abismo. Él sentía lo mismo. Cada vez que llegaba a casa, después de verla, se lavaba las manos obsesivamente, como si el agua pudiera arrastrar el recuerdo del metal hundiéndose en la carne, el momento en que su vida cambió para siempre hace cinco años. No había sido planeado, fue una discusión que escaló en una oficina vacía, un arrebató de ira ciega. El hombre que yacía muerto era un empresario corrupto, alguien a quien nadie extrañaría, o eso se decía Julián para poder dormir.

Elena, por su parte, vivía para la adrenalina del engaño. Su verdadera vocación no eran los números, sino el arte de la estafa a gran escala. Despojaba a quienes acumulaban riqueza mediante la explotación, usando identidades falsas que cambiaba como quien cambia de ropa.

La danza de las máscaras

A medida que su relación se profundizaba, el suspense comenzó a filtrarse en los silencios. Julián empezó a sufrir alucinaciones auditivas: el sonido metálico de un reloj de bolsillo golpeando el suelo, el mismo sonido que escuchó segundos después de cometer aquel crimen. Elena, por otro lado, desarrollaba una paranoia creciente, convencida de que cada transacción financiera que supervisaba era una trampa tendida por la policía.

Se amaban con una intensidad febril, un amor que nació de la necesidad de encontrar a alguien que compartiera el peso del secreto. Sin embargo, no sabían que, al unirse, estaban acercando dos mundos que debían permanecer separados.

Una noche, en el apartamento de Julián, Elena encontró una caja olvidada bajo la cama. Dentro, había recortes de periódicos antiguos, entre ellos, la noticia del asesinato de un prominente empresario, el padre de una familia que, según ella sabía, había quedado en la ruina tras su muerte. Julián nunca había hablado de ese caso, pero el nombre en los recortes le resultó dolorosamente familiar. Era el nombre de su propio padre, a quien ella había jurado vengar de manera simbólica, estafando a cualquier hombre que se le pareciera.

La revelación

El aire en el salón se volvió irrespirable. Elena, con el recorte en la mano, sintió que el mundo colapsaba. Julián, al ver lo que ella sostenía, comprendió el motivo de la extraña obsesión de Elena por destruir a hombres poderosos. La coincidencia no era tal; era el destino jugando una broma cruel.

—¿Quién eres realmente? —preguntó ella, con la voz quebrada.

Julián no pudo mentir esta vez. El desorden mental que venía gestándose —un trastorno de personalidad fragmentada agravado por la culpa— terminó por romperse. Confesó todo, entre lágrimas y súplicas. Elena, cuya mente ya pendía de un hilo debido a su vida de impostura, sintió cómo la realidad se fracturaba. La persona que más amaba era el verdugo de la figura paterna que tanto la había marcado, aunque su relación con él hubiera sido distante y fría.

El descenso a la locura

A partir de esa noche, la vida de ambos se convirtió en una espiral de desconfianza y delirio. Julián comenzó a ver al padre de Elena en cada rincón del apartamento, un espectro que le reprochaba su existencia. Elena, en un arrebató de ira y desconcierto, empezó a planear una estafa final contra Julián, no por dinero, sino para destruirlo emocionalmente, para quitarle su identidad de la misma forma que él le había quitado la suya.

Ya no había caricias, solo silencios cargados de veneno. Dejaron de trabajar, encerrándose en un mundo propio donde la verdad y la mentira eran indistinguibles. Julián comenzó a destruir todos los planos que había dibujado, obsesionado con borrar cualquier rastro de su vida anterior. Elena, por su parte, enviaba mensajes anónimos a la policía, entregando pistas sobre el caso del homicidio, pero siempre deteniéndose antes de revelar su propio papel en el juego.

Las consecuencias inevitables

La tragedia alcanzó su punto máximo una noche de tormenta. Julián, confundiendo la realidad con sus alucinaciones, creyó que el fantasma del padre de Elena estaba tratando de matarlo. Buscó en la cocina un cuchillo, el mismo instrumento que había usado años atrás. Elena, al verlo, no sintió miedo, sino una suerte de liberación retorcida; finalmente, el ciclo se cerraría.

Cuando la policía irrumpió en el apartamento, tras una denuncia anónima hecha por la propia Elena horas antes, encontraron un escenario que desafiaba la cordura. Los vecinos habían reportado gritos durante días, sonidos de muebles siendo destrozados y discusiones en lenguajes que nadie entendía.

Julián fue hallado sentado en el centro de la sala, dibujando con sangre sobre las paredes blancas, intentando recrear el rostro del hombre que asesinó. Elena, en una habitación contigua, había quemado todos los documentos de sus identidades falsas, sentada en silencio, esperando que el fuego la consumiera a ella también.

Ambos fueron trasladados a una institución psiquiátrica de alta seguridad. Los informes médicos indicaron un caso de folie à deux, una psicosis compartida, un fenómeno donde la locura de uno se transmite al otro. Nunca volvieron a hablarse, pero en sus expedientes, los enfermeros notaron algo curioso: ambos, en sus momentos de lucidez, dibujaban el mismo reloj de bolsillo, aquel que dejó de marcar el tiempo el día que sus vidas se cruzaron para siempre en la oscuridad.

El archivo 27

Naomi Arely Hernández Soto

MEMORIA

IDENTIDAD

VERDAD



27

REGISTROS

SILENCIOS

HISTORIAS

El archivo 27

—Naomi Arely Hernández Soto

Género: Ciencia ficción – Misterio

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

La lluvia caía sobre la enorme ciudad de Neo-Tenochtitlán como si el cielo estuviera cansado de observar a los humanos repetir los mismos errores. Los edificios gigantes iluminaban las calles con anuncios flotantes y pantallas holográficas que nunca se apagaban. En el año 2098, la tecnología había avanzado tanto que las personas podían almacenar recuerdos en archivos digitales y revivirlos cuando quisieran.

A sus diecisiete años, Alma nunca había sentido curiosidad por aquella tecnología. Para ella, los recuerdos debían quedarse en la mente y en el corazón, no en una computadora. Sin embargo, todo cambió el día en que recibió un extraño paquete frente a la puerta de su departamento.

Era una pequeña caja metálica color negro. No tenía remitente, únicamente una etiqueta que decía:

“Archivo 27. No confíes en nadie.”

Alma sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Quién enviaría algo así? —murmuró mientras observaba la caja.

La abrió lentamente y encontró dentro un pequeño dispositivo de memoria, parecido a una moneda plateada. También había una nota escrita a mano, algo extraño en aquella época donde casi todo era digital.

"Si estás leyendo esto, significa que yo desaparecí. Encuentra el Archivo 27 antes de que ellos lo hagan."

La nota estaba firmada por su hermano mayor, Daniel.

Pero eso era imposible.

Daniel había desaparecido hacía tres años sin dejar rastro. Las autoridades dijeron que probablemente había abandonado la ciudad, aunque Alma jamás creyó aquella versión. Su hermano nunca se habría ido sin despedirse.

Temblando, conectó el dispositivo a su vieja computadora portátil. La pantalla comenzó a parpadear hasta que apareció el rostro de Daniel.

El video estaba distorsionado.

—Alma... si logras ver esto, significa que todavía no han encontrado el archivo. Escúchame con atención. La empresa Kronos Systems está borrando recuerdos de las personas. Están modificando la memoria de la ciudad completa.

La imagen se congeló unos segundos.

—No sé cuánto tiempo me queda. Descubrí algo que no debía ver. Existe un proyecto secreto llamado Archivo 27... y—

El video terminó abruptamente.

Alma quedó inmóvil frente a la pantalla.

Kronos Systems era la compañía tecnológica más poderosa del país. Controlaba las redes digitales, los implantes neuronales y prácticamente toda la información de Neo-Tenochtitlán. Acusar a una empresa así parecía una locura.

Pero Daniel nunca mentía.

Al día siguiente, Alma decidió investigar.

Tomó el metro aéreo hacia el centro de la ciudad. Desde la ventana observó cientos de drones patrullando las calles y enormes anuncios luminosos donde aparecía el eslogan de Kronos:

"Tus recuerdos son nuestro futuro."

Aquella frase ahora le provocaba miedo.

Su único apoyo era Leo, su mejor amigo desde la infancia. Leo era experto en programación y pasaba la mayor parte del tiempo reparando aparatos ilegales en un pequeño taller escondido bajo una cafetería.

—Esto es demasiado peligroso —dijo Leo después de escuchar el video—. Si Daniel decía la verdad, estamos hablando de una conspiración enorme.

—Tengo que encontrarlo —respondió Alma—. Es mi hermano.

Leo suspiró.

—Entonces necesitaremos entrar a Kronos.

La idea parecía imposible. El edificio principal de la empresa era una torre gigantesca de más de trescientos pisos protegida por inteligencia artificial y vigilancia militar.

Pero Leo tenía un plan.

Esa noche, ambos recorrieron las calles ocultándose entre la multitud. La ciudad jamás dormía. Vehículos flotantes cruzaban el cielo mientras robots de limpieza caminaban por las avenidas mojadas.

Al llegar cerca de la torre Kronos, Alma sintió el peso del miedo en el pecho.

—Última oportunidad para arrepentirte —dijo Leo.

—No pienso detenerme.

Leo sonrió ligeramente.

—Sabía que dirías eso.

Utilizando un dispositivo portátil, logró desactivar temporalmente una puerta de servicio. Entraron rápidamente antes de que el sistema se reiniciara.

El interior del edificio era silencioso y frío. Todo estaba iluminado con luces blancas que hacían parecer el lugar un hospital gigantesco.

Descendieron por un elevador oculto hasta los niveles subterráneos.

—Según los registros que robé —susurró Leo—, el Proyecto Archivo 27 está en el nivel menos siete.

Las puertas se abrieron lentamente.

Lo que vieron dejó a Alma sin palabras.

Decenas de cápsulas transparentes llenaban la enorme sala. Dentro de cada una había personas conectadas a máquinas mediante cables implantados en la cabeza.

—¿Qué es esto...? —preguntó Alma horrorizada.

Leo observó las pantallas.

—Están extrayendo recuerdos.

En ese momento, una voz resonó detrás de ellos.

—Exactamente.

Ambos se giraron rápidamente.

Un hombre elegante vestido con traje negro los observaba tranquilamente. Tenía el cabello gris y unos ojos fríos imposibles de leer.

—Bienvenida, Alma —dijo—. Te estábamos esperando.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Adrián Keller. Director de Kronos Systems.

Alma retrocedió instintivamente.

—¿Dónde está mi hermano?

Keller sonrió.

—Daniel fue un joven brillante... demasiado curioso.

Con un gesto activó una pantalla holográfica. En ella apareció Daniel encerrado en una habitación blanca.

—¡Daniel! —gritó Alma.

—Sigue vivo —dijo Keller—. Por ahora.

Leo dio un paso adelante.

—¿Por qué hacen esto?

Keller caminó lentamente entre las cápsulas.

—La humanidad siempre ha sido destruida por el dolor, los traumas y los recuerdos negativos. Nosotros encontramos la solución. Eliminamos aquello que provoca sufrimiento.

—¡Eso no es una solución! —respondió Alma—. Están robando la memoria de las personas.

—La memoria define la realidad —contestó Keller—. Si controlas los recuerdos, controlas el mundo.

Alma sintió rabia.

—Mi hermano intentó detenerlos.

—Y fracasó.

Dos drones de seguridad descendieron del techo apuntándolos con armas eléctricas.

—Llévenlos al laboratorio —ordenó Keller.

Antes de que pudieran atraparlos, Leo lanzó un pequeño aparato al suelo. Una explosión de humo llenó la habitación.

—¡Corre! —gritó.

Ambos comenzaron a huir por los pasillos mientras las alarmas se activaban por todo el edificio.

Las luces rojas parpadeaban sin parar.

—¡Por aquí! —dijo Leo entrando a una sala de servidores.

Miles de archivos digitales flotaban proyectados en el aire.

Alma observó una carpeta marcada como “ARCHIVO 27”.

Sin pensarlo, la abrió.

La pantalla mostró grabaciones secretas de Kronos manipulando recuerdos masivos en hospitales, escuelas y medios de comunicación. Habían alterado memorias de millones de personas para controlar elecciones, borrar protestas y ocultar desapariciones.

Alma quedó paralizada.

—Tenemos que sacar esta información —dijo Leo conectando un dispositivo portátil.

Pero entonces apareció Keller nuevamente acompañado de guardias.

—No entienden lo que están haciendo —dijo fríamente—. El mundo necesita orden.

Alma respiró profundamente.

—El mundo necesita verdad.

Keller hizo una señal.

Los guardias avanzaron.

Sin embargo, Leo logró completar la transferencia.

—Listo.

Activó inmediatamente la red pública de Neo-Tenochtitlán.

En segundos, todos los ciudadanos comenzaron a recibir los archivos secretos en sus dispositivos personales, pantallas urbanas y redes holográficas.

La verdad se estaba difundiendo.

Las alarmas exteriores comenzaron a sonar más fuerte.

Keller observó las pantallas con desesperación.

—¿Qué hicieron?

—Mostrarle la verdad a todos —respondió Alma.

Por primera vez, el director parecía asustado.

Los guardias dudaron al comenzar a recibir también los archivos en sus propios implantes digitales.

Aprovechando la confusión, Alma y Leo escaparon hacia el área de detención donde mantenían a Daniel.

Cuando abrieron la puerta, Alma corrió hacia él.

—¡Daniel!

Su hermano estaba débil, pero sonrió al verla.

—Sabía que vendrías.

Alma lo abrazó con fuerza.

—Vámonos de aquí.

Lograron salir del edificio mientras afuera el caos comenzaba a extenderse por toda la ciudad. La gente observaba incrédula las revelaciones sobre Kronos Systems.

Por primera vez en muchos años, las personas comenzaban a cuestionar aquello que creían verdadero.

Días después, el gobierno inició investigaciones contra Kronos. Muchas instalaciones fueron clausuradas y Keller desapareció misteriosamente antes de ser arrestado.

La ciudad nunca volvió a ser igual.

Aunque el miedo seguía presente, ahora las personas comprendían el valor de sus recuerdos, incluso de aquellos dolorosos.

Porque los recuerdos no solo guardan tristeza.

También guardan identidad.

Una tarde, Alma observaba el atardecer desde la azotea de su edificio junto a Daniel y Leo.

El cielo naranja iluminaba Neo-Tenochtitlán mientras los drones comenzaban a desaparecer poco a poco de las calles.

—¿Crees que todo mejorará? —preguntó Leo.

Daniel sonrió levemente.

—Tal vez no de inmediato. Pero ahora la gente puede decidir por sí misma.

Alma miró la ciudad.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió esperanza.

Y comprendió algo importante:

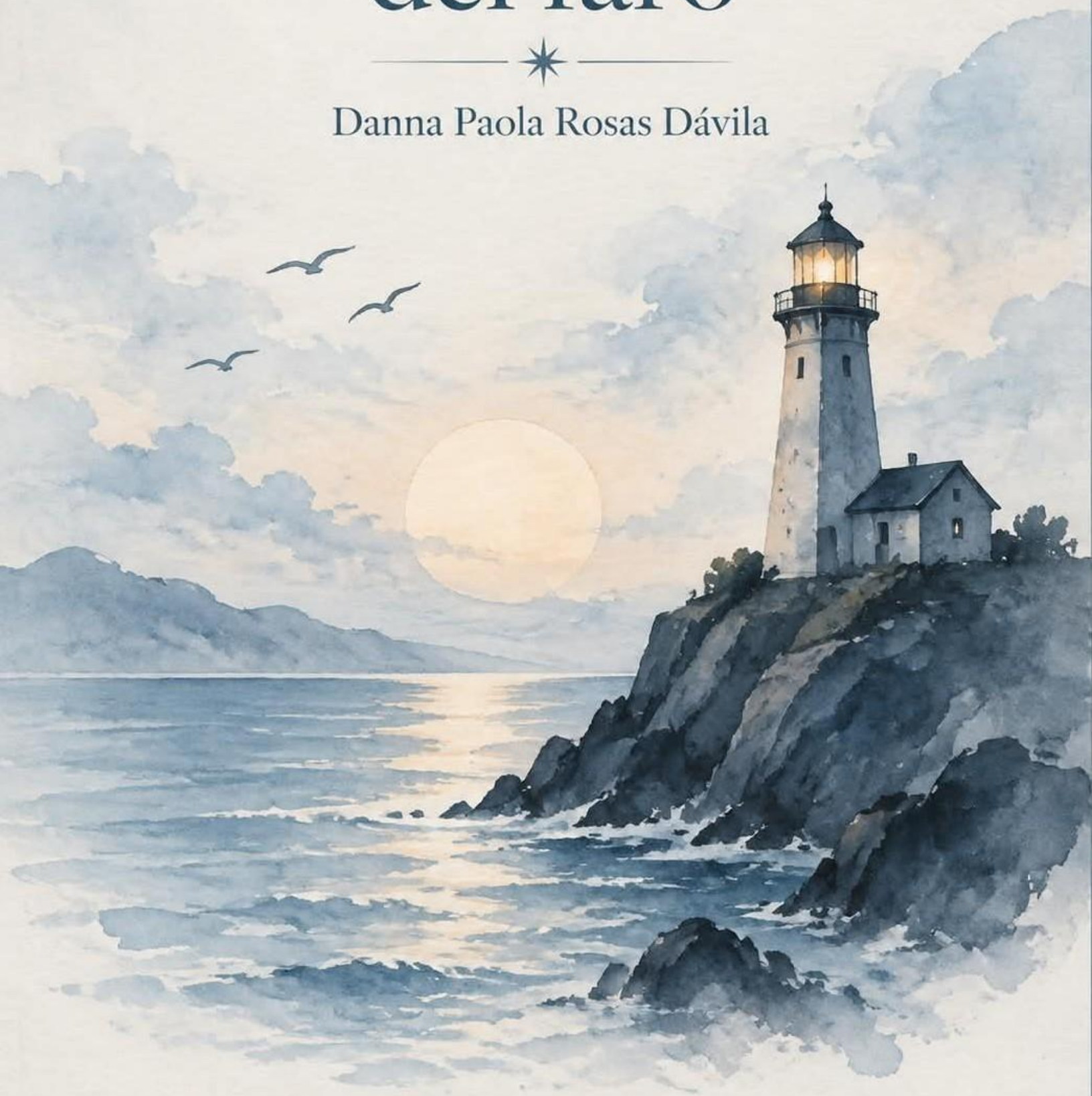
La memoria no debía ser perfecta.

Debía ser humana.

La última luz del faro



Danna Paola Rosas Dávila



La última luz del faro

—Danna Paola Rosas Dávila

Género: misterio

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Puerto Escondido era un pueblo tranquilo donde todos conocían la historia del viejo faro de Punta Gris. Decían que algunas noches su luz aparecía sin que hubiera electricidad y que el último farero había desaparecido sin dejar rastro.

Diego, un estudiante curioso, encontró el diario del antiguo farero Tomás Herrera. Las últimas páginas hablaban de una extraña luz verde que emergía del mar y de una advertencia: nadie debía subir al último piso después de la medianoche.

Impulsado por la curiosidad, Diego visitó el faro. Descubrió un sótano oculto con una radio antigua, una carta y mapas llenos de anotaciones. Todo indicaba que Tomás había descubierto algo imposible de explicar.

Al caer la noche apareció la misteriosa luz verde. No hacía ruido, no levantaba olas y parecía observar el faro. Cuando Diego intentó tomar una fotografía, la pantalla quedó completamente negra y una voz susurró:

"No debiste venir."

Durante semanas investigó periódicos, habló con pescadores y revisó archivos municipales. Todos coincidían en pequeños detalles, pero nadie tenía una respuesta completa. El misterio permanecía intacto.

Con los años, Diego se convirtió en periodista. Había resuelto muchos casos, pero jamás encontró una explicación para la luz del faro. Cada vez que volvía al pueblo, observaba la torre esperando verla otra vez.

En cada visita, Diego comprendía que algunos secretos pertenecen al mar y al tiempo. Aunque buscaba respuestas lógicas, el recuerdo de aquella luz seguía acompañándolo. El faro permanecía en silencio durante meses, hasta que una madrugada volvía a encenderse unos segundos, recordándole que no todo puede explicarse.



La creatividad humana encuentra nuevas formas de expresarse cuando dialoga con la tecnología. En **Algoritmos de la imaginación**, la escritura y la inteligencia artificial se encuentran para dar origen a relatos que exploran el misterio, la ciencia ficción, la fantasía, el drama, el romance y las emociones que atraviesan la experiencia humana.

Este número reúne cuentos creados con apoyo de herramientas de IA, en los que cada autora y autor transforma ideas, inquietudes y mundos posibles en narraciones propias. Más que sustituir la imaginación, la inteligencia artificial aparece aquí como una aliada para experimentar con la palabra, ampliar horizontes narrativos y descubrir nuevas rutas para contar historias.

La presente publicación forma parte de una serie integrada por **12 entregas** que, en conjunto, muestran la diversidad de voces, géneros y estilos que pueden surgir cuando la escritura se convierte en un espacio de colaboración entre personas y sistemas inteligentes.

Cada relato invita a mirar la creación literaria desde una perspectiva contemporánea: una en la que la sensibilidad, la memoria, la intuición y la tecnología se entrelazan para construir nuevas posibilidades narrativas.

Te invitamos a visitar otros números de la revista en:
<https://revistaiauama.com/>

Esta publicación forma parte de las **12 entregas** de este número especial dedicado a la creatividad a través de la escritura y la creación literaria con inteligencia artificial.

Revista IA UAM-A • Departamento de Administración
Contacto: iauama@azc.uam.mx

